La conquista del ESPACIO

EL PODER EN LAS SOMBRAS

Ralph Barby

CIENCIA FICCION



SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

570 – La mutación humana, *Lucky Marty*.

571 – El enigma de Mount Kooran, *Kelltom McIntire*..

572 – Los malvados seres de Urrh, *Lou Carrigan*.

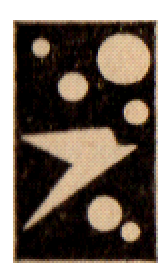
573 – Crimen en el siglo XXI, *Curtis Garland*.

574 – Quince días sin sol, *Kelltom McIntire*.

RALPH BARBY

EL PODER EN LAS SOMBRAS

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 575
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 20.656 - 1981

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

Desde su puesto de pilotaje de la cosmonave Senglar 81, el cosmonauta Conrad Castell movió unos resortes de su panel de mandos y hundió dos teclas.

En la pequeña pantalla de intercomunicación apareció el rostro de su compañero que estaba amarillo y lleno de granos rojos.

—¿Cómo te encuentras, Joseph?

—Je, je... ¿Cómo voy a estar, con este maldito virus que pesqué en el planeta Amadeus?

—Esas cosas pasan, hombre. Mientras no te afecte a las gónadas...

—No fastidies, anda. Espero poder contarlo.

—Descuida, cuando lleguemos a Marte te internaré de inmediato en la clínica.

—Sí, de infecciosos, para que no contamine a nadie.

—Te pondrán en cuarentena.

—Y a ti también.

—Ya veremos.

—Tú haz lo necesario para que me atienda una enfermera guapa.

—¿Con esa cara que llevas? —se burló Conrad.

—No sólo es la cara, es todo el cuerpo, maldita sea con los virus del planeta Amadeus.

—Vale más que no te enfurezcas, te pones más amarillo y los granos se hacen más grandes.

—Voy a quedar como picado de viruela, ¿verdad?

—Si activan de inmediato tu hígado, no. De momento funciona el hígado artificial y el tuyo está en reposo. Esperemos que te lo sanen en poco tiempo.

—Al menos, que las enfermeras que me cuiden sean cariñosas.

—No sé de qué te va a servir si los que se te acerquen tendrán que ir vestidos con trajes anticontaminación.

—Bueno, por lo menos gozará mi vista.

—Mejor será que te pases el tiempo visionando videocasetes de espectáculos eróticos.

—Los videocasetes que tenemos a bordo ya me los he visto todos.

—Como no haces nada, tumbado dentro de la cápsula...

—¿Y qué voy a hacer, si no puedo moverme de esta maldita cápsula?

Conrad Castell movió un dial y la telecámara con mando remoto le permitió ver a Joseph cuan largo era, tumbado en la litera de recuperación.

Unos tubos penetraban en el cuerpo del cosmonauta. La sangre

partía por uno de los tubos y regresaba por otro.

En realidad, las principales vísceras de Joseph permanecían en reposo, riñones, corazón, hígado y los mismísimos pulmones, ya que la sangre se oxigenaba en un pulmón artificial. De este modo su cuerpo se reponía sin esfuerzos y la sangre se limpiaba y alimentaba continuamente.

—Sí, la verdad es que has tenido tiempo de verte todos los programas eróticos varias veces.

—Atención, atención —comenzó a hablar la voz de bocina del computador de la cosmonave—, aproximación planeta cuatro sistema solar, treinta millones de kilómetros.

—Tengo que dejarte, Joseph, nos estamos acercando a Marte.

—De acuerdo, de acuerdo. Lamento no poder ayudarte en la aproximación.

—No te preocupes, me ayudará «Gamarús».

—Qué triste, ser suplido por un robot.

«Gamarús» era un buen androide. Su aspecto general era como un ser humano, algo más alto y también más abultado. Vestía un traje normal de cosmonauta y cubría su cabeza con un casco espacial.

Sólo mirándole a la visera tras la cual debía verse el rostro, se daba uno cuenta de que no era un humano si no un androide, pues aparecían los ojos electrónicos.

Un amigo ingeniero electrónico de Conrad Castell había retocado a aquel androide para darle alguna propiedad más de las que ya poseía y al mismo tiempo para que le fuera de una fidelidad total.

Fue preparando la cosmonave para acercarse a Marte, pues al planeta Tierra no podía llegarse con ningún enfermo. Además, tenía que descargar el oxalium que llevaba en sus bodegas y que habían cargado en el planeta Amadeus.

Con este oxalium, en combinación con otros minerales marcianos, se obtenía el oxígeno necesario para que las colonias terrícolas pudieran respirar perfectamente.

Como viajaban a alta velocidad sideral, comenzó la deceleración. La cosmonave Senglar no tenía secretos para Conrad Castell que maniobró con ella, perdiendo mach-luz de forma consecutiva mientras los supra-radares controlaban la posible presencia de meteoritos.

El impacto con uno de ellos no se notaba, pero la cosmonave podía desintegrarse y de la vida a la nada se pasaba súbitamente, sin darse cuenta.

Cuando Marte apareció en pantalla, ya cruzaban el espacio sideral a baja velocidad.

—Centro de control astropuerto colonia Cero de Marte, aquí cosmonauta Castell acercándome a bordo de la cosmonave

Senglar-81.

—Responde Centro de control colonia Cero de Marte, astropuerto despejado. Pasamos datos de aproximación y contacto directamente al ordenador de la cosmonave Senglar-81.

—Gracias, mensaje recibido. «Gamarús»...

—«Gamarús» atento, «Gamarús» atento —respondió el androide.

—Quiero visión del astropuerto.

—Orden recibida, orden recibida.

Con sus dedos electromecánicos, «Gamarús» movió los diales correspondientes y la imagen se fue ajustando hasta que en pantalla apareció el astropuerto de la colonia Cero de Marte. Conrad quedó perplejo al verlo totalmente vacío de cosmonaves.

—Qué raro —exclamó Conrad Castell.

—Imagen perfecta, visibilidad mil por mil —repitió el androide «Gamarús».

—Atención, atención, aquí Castell llamando a Centro de control colonia Cero de Marte, atención.

—Centro de control colonia Cero de Marte a la escucha. ¿Algún problema?

—No, no lo tengo, pero ¿no es muy raro que en el astropuerto no haya ninguna cosmonave?

—Hay plan general de estado de alerta.

—¿Existe algún peligro de ataque a la Tierra?

—No, no es eso. Se trata de la primera gran maniobra de mantenimiento que se tiene prevista. Siga adelante.

—De acuerdo, voy hacia el astropuerto. A bordo traigo un infectado en el planeta Amadeus.

—Facilite datos específicos, entra en alta vigilancia. ¿Y usted?

—He pasado por la esterilización.

—Pasará por el furgón esterilizador y se someterá a una pequeña vigilancia.

—Aceptado —dijo con resignación.

—La cosmonave y todo su contenido serán también esterilizados.

—Aceptado —asintió por segunda vez.

La cosmonave Senglar-81 descendió silbando, utilizando el sistema electroantimagnético hasta que se colocó adecuadamente.

Se acercaron tres furgones atom-hover-craft y uno de ellos, en forma automática, desplegó un resistente plástico transparente que cubrió la salida de la cosmonave, quedando encajado contra una de las grandes bocas que tenía el astropuerto.

Uno de los furgones entró en la cosmonave y cargó con el cartucho en el que estaba el infectado Joseph. Conrad Castell subió también al furgón después de ordenar a su androide: —«Gamarús», quédate quieto, te van a desinfectar, no te muevas.

—Orden recibida, orden recibida. «Gamarús» preparado para la desinfección, «Gamarús» preparado para la desinfección.

El furgón se los llevó, introduciéndose en el subsuelo del astropuerto.

Fueron conducidos al hospital donde les aguardaba un equipo médico, todos vestidos con trajes y cascos antiinfección que se hicieron cargo de la cápsula en la que iba encerrado Joseph.

—¡Adiós, compañero, diles que no quiero aburrirme! —gritó Joseph y su voz salió al exterior mediante el sistema megafónico que poseía.

—¡Ya te buscaré videocasetes eróticos!

—Sígame —le ordenó la jefe médico.

Conrad se encogió de hombros y, escoltado por otras dos jóvenes, fue a parar a una sala iluminada en violeta.

—Desnúdese —le ordenó tajante la mujer que se escondía dentro del traje protector contra infecciones extraterrestres.

—¿Es necesario? —preguntó Conrad, imaginando que la doctora era joven.

—Sí, será por breve tiempo. A la salida encontrará ropa a su medida, la que lleva será destruida.

—Entonces, no hace falta meterla en la lavadora automática.

—No haga chistes malos, Castell, haga el favor.

—¿Y todas estaréis presentes?

—Si eso le tranquiliza, saldremos; pero su imagen debe quedar registrada. Con las telecámaras hemos de inspeccionar su piel centímetro a centímetro para observar que no tiene ninguna señal infecciosa.

Conrad se resignó; hubiera deseado desnudarse en ocasión muy diferente que aquella en que le iban a examinar como una bacteria en el microscopio.

—¿Está listo ya? —preguntó, desnudo como un bebé recién nacido, en la cámara de esterilización.

—Sí, puede salir —le dijo la jefe médico.

Halló ropas a su medida, aunque no le gustaba la hechura ni el color blanco.

Volvió a acercársele la doctora que seguía embutida en su traje aislante.

—¿Qué pasa, todavía no se fía de mí?

—Son las normas —le respondió ella, cortante.

A través del cristal, Conrad observó que la mujer tenía un rostro bello y atractivo y, pese al traje aislante de infecciones, intuyó que el cuerpo también era hermoso.

—Tiéndase en la camilla —le ordenó, siempre tajante.

—¿Qué van a hacerme ahora?

—Un análisis total de sangre.

Se tendió en la camilla. Ella estiró de un fino tubo en cuyo extremo había una aguja hipodérmica que clavó en la vena de Conrad.

Una máquina de hemoanálisis conectada al otro extremo del tubo succionó la sangre de Conrad e, inmediatamente, comenzaron a aparecer los análisis con datos muy exactos en un rollo de papel. La doctora los examinó con atención. Al fin, la máquina de hemoanálisis se detuvo.

—¿Cómo estoy, van a rociarme con insecticida?

—Está bien; no obstante, tendrá que llevar siempre sobre su pecho, en forma visible, esta plaquita que le identificará como persona en observación.

Miró la plaquita y preguntó:

—¿Siempre?

—Durante treinta días.

—Es mucho, se van a apartar de mí como de un apestoso.

—Cada doscientas horas deberá pasar por el control de observación y si advierte alguna anomalía deberá ponerse en contacto inmediatamente con la clínica más próxima. Recuerde que si se quita la placa que le identifica como persona en observación corre el riesgo de perder su libertad durante cinco mil horas.

—Todo son amenazas.

—Listos, puede marcharse, pero no podrá regresar a la cosmonave por ahora. Ya se le avisará por el microtelecomunicador.

—De acuerdo. Oye, cuando termines la jornada, ¿adónde vas?

—Ejem —la jefe médico se alejó.

Conrad, que tenía el día de resignación, salió con su placa en el pecho dirigiéndose a la cafetería. No sabía si el trabajo o la succión de sangre le habían excitado los jugos gástricos y tenía hambre.

— Un sándwich, pero que no sea artificial.

—Sólo los tenemos de hamburguesas sintéticas.

Iba a replicar que se lo comiera el camarero, pero se resignó, porque si no lo tomaba no comía.

—De acuerdo y una cerveza.

De pronto, la pantalla de visión y entretenimiento cambió la programación y apareció un miembro de la ejecutiva del gobierno federal terrícola con rostro muy grave.

—Os ruego atención, mucha atención. Este es un momento de gran dolor para todos los hijos de la Tierra.

Conrad Castell reconoció de inmediato al miembro de la ejecutiva del gobierno, era el general Sartorius que ahora vestía de civil y no con el uniforme que solía usar.

—Un ordenador ha fallado, parece increíble pero ha fallado y lo

trágico es que ha hecho estallar los silos donde se guardaban bombas de supraneutrinos. Como ya sabéis, este tipo de bomba no afecta a nada material pero termina con la vida humana única y exclusivamente como su predecesora la ya arcaica bomba de neutrones, totalmente superada. Desgraciadamente, la explosión no sentida ni vista de los silos de bombas de supraneutrinos ha sorprendido más de lo que cabía esperar porque ha ocurrido en un momento de maniobras antiinvasión. Se calcula que las muertes causadas por este terrible accidente superarán los mil millones de seres.

Se elevó una exclamación de horror en el bar del astropuerto de la colonia Cero en Marte.

—Seguiremos dando noticias de lo ocurrido. Las áreas afectadas sólo podrán ser observadas por personal especializado, pues existen riesgos de nuevas muertes…

El general Sartorius añadió algunos datos sobre la gran tragedia, datos que resultaban un tanto ambiguos.

Conrad Castell, como todos, acusó muy mal la desoladora noticia en la que se hablaba de más de mil millones de muertos.

—¿Accidente o sabotaje? —se preguntó.

CAPITULO II

Habían comenzado a llegar cosmonaves a las colonias terrícolas ubicadas en el planeta Marte y otros planetas próximos.

Las cosmonaves milicianas cercaron el planeta Tierra para impedir peligrosas aproximaciones. Algunos aprovecharon para lanzarse a lejanos viajes subvencionados por el gobierno federal. Las noticias sólo podían seguirse por teletrivisión.

Ante la imposibilidad de dar sepultura a tantos cadáveres, incinerarlos o desintegrarlos, el gobierno había tomado la decisión de impedir el paso a las áreas donde estaban los cadáveres para que en plazo de dos años se corrompieran por sí mismos. Luego, los restos serían recogidos. Las ciudades, casas, jardines, instalaciones de ocio, todo seguía intacto.

La conmoción había sido grande y tremendamente dolorosa.

Un hombre alto, magro de carnes, de largos y abundantes cabellos, cejas canosas y vistiendo una túnica, detuvo a Conrad Castell cuando le descubrió en un área de ocio de la colonia Cero en Marte.

—¡Conrad, muchacho!

—¡Honorable Groc!

—No te habrás olvidado de mí, ¿verdad?

—¿Cómo podía olvidarme del honorable Groc, pese a que hace tiempo que no nos vemos?

El hombre de la túnica y la barba blanca miró la plaquita morada que Conrad lucia en el pecho.

—¿Has estado en las áreas contaminadas del planeta Tierra?

—Si lo dices por la placa de prevención, se debe a una infección del planeta Amadeus. La cogió mi compañero Joseph, pero a mí me la han puesto como precaución.

— Bien, bien. —Le cogió por el hombro, palmeándole la espalda y luego miró en derredor como temiendo ser oído—, ¿Has conectado con algún grupo de oposición?

—¿Al gobierno?

—Sí.

Conrad Castell miró en derredor también. Sabía perfectamente que desde que se habían impuesto las fuerzas milicianas mercenarias subvencionadas por las macroempresas anónimas, hablar en contra del gobierno sostenido por los consejos de administración de dichas empresas era muy peligroso. Se empleaba mucha dureza en la represión de cualquier corpúsculo liberal o free-democratic.

La policía resultaba peligrosa: no habían sido pocos los políticos purgados que habían terminado en un planeta de castigo, condenados

a trabajos forzados.

Se sabía que había muchos disidentes del sistema implantado tras la última macroguerra, disidentes que se hallaban en todos los estamentos pero siempre en la clandestinidad para no ser purgados.

—No creo que sea conveniente hablar ahora de todo ello, honorable Groc. Después de la tragedia de las bombas de supraneutrinos, todo parece un avispero peligroso.

—Estamos viviendo el momento más crucial de nuestra historia. Conrad.

—Sí, con tantos muertos.

—Más de mil quinientos millones.

—¿Tantos?

—Puedes estar seguro, ha sido una operación perfectamente tramada.

Conrad Castell se quedó quieto mirándole a la cara, incrédulo.

—¿Cómo dices?

—Que el estallido de los silos de bombas de supraneutrinos no ha sido accidental.

—No puedo creerlo. ¿Quién podría causar tanto daño, a quién serviría tanta muerte?

—A los ejecutivos «Elite», que son doce, como sabes.

—Bueno, ésa es una cosa que se comenta entre cuchicheos pero de la que nadie está seguro.

—Son doce los ejecutivos «Elite», doce que mueven todo nuestro mundo terrícola.

—¿Tienes datos de lo ocurrido?

—No, sólo los que ha facilitado el gobierno a través de los medios de información general... Conrad, ésta ha sido la masacre más brutal, mejor calculada y más lucrativa para los asesinos que haya habido jamás.

—No puedo entenderlo.

—Lo entenderás, lo entenderás. Aguarda, vienen policías...

Los cuatro agentes se detuvieron frente a ellos.

—Identificación —ordenó el cabo.

El honorable Groc dijo despacio:

—No la llevo encima.

— De espaldas contra la pared —le ordenó el cabo, empujándolo.

—Más cuidado con un anciano —gruñó Conrad Castell.

Los otros tres policías se revolvieron con sus armas y el honorable Groc aprovechó para huir. Mas uno de ellos disparó, alcanzándole en las piernas, y el viejo cayó al suelo debatiéndose dolorosamente.

—¡Estúpido!

Conrad, irritado, descargó un puñetazo contra uno de los policías, tumbándolo pese a llevar barboquejo protector en su casco.

El cabo disparó el rayo paralizante contra la columna vertebral de Conrad Castell que abrió sus brazos con un marcado rictus de dolor y cayó al suelo inconsciente.

Cuando Conrad despertó, sentía un doloroso hormigueo en todo su cuerpo.

El rayo paralizante era particularmente desagradable, tanto por sus efectos como por las secuelas que dejaba.

Se vio tendido en una camilla. Carecía de fuerzas en sus músculos, no podía moverse.

Vio que una espléndida mujer vestida de color verde claro se le acercaba. Era rubia, de cabellos finos y lacios. En el rostro de óvalo perfecto destacaban los labios algo carnosos, los dientes bien alineados. Era alta y poseía un busto bien perfilado.

—¿Cómo se encuentra?

—Creo que con unos masajes musculares me sentiré mejor.

—Tardará unas horas en recuperar la fuerza de sus músculos.

—¿Quién es usted?

—La doctora Dunia Medas.

—Su voz la conozco.

—Sí, no hace mucho que nos vimos, lo que sucede es que yo llevaba el traje anticontaminación.

—Diablos, es la que me obligó a desnudarme como un bebé.

—La misma —asintió sonriente.

—Supongo que mi cuerpo ya no tiene secretos para ti.

—Veamos. ¿Tiene algún dolor particularmente fuerte en la nuca o en la columna vertebral?

—Algo, y no puedo moverme.

—Ya le he dicho que eso se pasará en unas pocas horas.

—¿Qué me ha sucedido?

—¿No recuerda nada?

—La verdad, no.

—Una patrulla de policía lo encontró caído en la galería que conduce al área de ocio. Como han visto que lleva la placa de persona en observación médica, lo han puesto en mis manos.

—¿Observación médica?

—Sí. ¿No lo recuerda tampoco?

—Ah, sí, la infección del planeta Amadeus.

—Eso mismo.

—¿Cómo está mi amigo Joseph?

—Mejora.

—Magnífico. Oye, ¿no estaré contaminado yo también?

—No lo parece, pero la observación médica debe intensificarse.

—¿Y qué me harán?

—Pruebas, análisis.

—¿Me tratarán como a una cobaya?

—No, estará en manos totalmente competentes.

—Me bastan las tuyas.

—Yo no puedo estar las horas seguidas, mi jornada laboral tiene un principio y un límite, luego viene el descanso.

—Comprendo, pero ahora recuerdo...

—¿El qué? —preguntó Dunia, interesada.

—La gran catástrofe, más de mil millones de muertos por las bombas de supraneutrinos.

—Sí, desgraciadamente para todos, esa tragedia es un hecho. La mayoría hemos perdido amigos y familiares en esta catástrofe.

—¿Han salido las listas de las víctimas?

—No, y no creo que salgan jamás, son demasiados nombres. Se hará un nuevo censo, ya se está montando un nuevo ordenador al efecto. Sabemos quiénes somos los vivos y los que no aparezcan en ese nuevo censo, dentro de diez mil horas se les considerará desaparecidos en la catástrofe.

—No me gusta.

—A nadie le gusta, pero contar más de mil millones de cadáveres no es lo mismo que tomar los datos personales de cinco o seis.

—Sí, lo comprendo, pero no me gusta.

—Lo entiendo.

Sacó una jeringuilla y buscó el brazo lánguido de Conrad Castell.

La aguja se clavó en la piel y en la vena después para que el líquido verdoso pasara a la circulación sanguínea.

—Siento un escalofrío.

—Es normal —le dijo la mujer mientras impulsaba el líquido al interior de la vena del pliegue del codo de Conrad.

—Yo creo que siento escalofríos por imaginación.

—¿Imaginación? —repitió Dunia mirándole a los ojos pero sin perder de vista la aguja que seguía clavada en el brazo del cosmonauta.

—Sí, te estoy imaginando sin el traje verde.

—¿A mí? —preguntó ella, sin preocuparse demasiado.

—Sí, debes estar fenómeno.

—Tiene mucha imaginación, Castell. —Le quitó la jeringuilla—, Ahora seguirá relajado pero no dormirá. Poco a poco recobrará fuerzas, pero estará débil unas veinte horas.

—Diablos, sí que son horas.

—Pasarán pronto. Luego, podrá volver a su vida normal.

—Oye, ¿a qué hora terminas tu jornada?

Dunia se rió.

—Está indefenso, Castell, indefenso. Fíjese...

Se inclinó sobre él muy despacio. El hombre vio avanzar los labios

femeninos hacia su boca y se dijo que una buena caricia labial podía ser el mejor remedio para su paralización muscular momentánea, pero cuando los labios de la joven y bella médico iban a tocar los suyos, se detuvieron apenas a dos milímetros de distancia.

Conrad notó el perfumado aliento de Dunia que mantuvo un instante su postura, sin llegar a tocar la boca del hombre. Luego, se levantó riéndose.

— Siga imaginando, Castell.

—Esto, esto es una putada...

CAPITULO III

Se pasó muchas horas escuchando música. Le visitaron distintos servidores de la clínica y al final fue el doctor Donald quien le dijo: —Pruebe a levantarse.

—¿Cree que podré?

—Inténtelo.

Le costó un gran esfuerzo; era como si todas las coyunturas de su cuerpo tuvieran cristales de filos cortantes en su interior.

—Ahora… —bufó.

—¿Duele?

—¿Usted qué cree?

—Será como un proceso reumático agudo.

—¿Por cuánto tiempo?

—Poco, luego los efectos desaparecerán. No tome alcohol ni ninguna otra droga y el alivio será más rápido. Algunos piensan que drogándose un poquito se quita el dolor y lo que no saben es que alargan su proceso de recuperación.

—No fumaré ni un cigarrillo de mentobaco, seré como «Gamarús».

—¿Quién es «Gamarús»?

—Mi androide y le aseguro que no fuma.

—Ya, ya, su androide no fuma.

Salió de la clínica sin ningún impedimento y Conrad Castell lo consideró lo más normal del mundo, pero a distancia, mediante telecámaras, le seguían.

Conrad se dirigió al Hotel Su per nova y entregando su tarjeta de crédito pidió:

—Una habitación con baño de hipomicroondas e hiperburbujas.

—En seguida. ¿Se encuentra bien? —preguntó el conserje al verle un poco doblado.

—Oh, sí, sólo ha sido una mala toma de contacto.

En aquel instante se fijó en el distintivo morado que Conrad se veía obligado a exhibir en el pecho como persona en observación médica.

Iba a hacer una queja al respecto cuando sonó la chicharra del videófono que tenía bajo el mostrador.

De inmediato, abrió la comunicación. Se iluminó la pequeña pantalla y apareció el distintivo de la policía de alta seguridad. Una voz en off le dijo: —Atiéndale y no le ponga problemas.

El hotelero comprendió de inmediato y se apresuró a sonreír.

En realidad, él no sabía si Castell era un miembro de la policía de alta seguridad a la cual todos temían y con muchas razones para ello,

o un personaje al que la policía deseaba vigilar con especial atención.

—Tenemos una magnífica suite para usted.

Pulsó unos botones y apareció un robot en cuyo cerebro bioelectrónico, por control remoto, acababan de grabar la orden sin que nadie pudiera escucharla.

—Equipaje, equipaje —pidió con su voz de bocina el robiónico, que no tenía aspecto de androide.

—No hay equipaje, está todo en mi cosmonave —respondió Conrad.

—No hay equipaje, no hay equipaje. Sígame, sígame —repitió, y se fue directamente a la cabina del ascensor. Un rayo brotó por una de sus células y dio en el llamador.

La suite era magnífica, pero como todas las del hotel marciano se hallaba bajo el subsuelo y las ventanas no eran más que fotografías tridimensionales que permitían expandir la vista, pero al acercarse a aquellas falsas ventanas, uno tocaba la lisa dureza de la pantalla.

El baño de hipomicroondas e hiperburbujas fue muy relajante y se encontró mucho mejor. Sintió entonces un apetito voraz y recordó que lo habían estado alimentando con glucosa compuesta por vía venosa. Quiso desquitarse subiendo al restaurante que se hallaba en la parte alta del hotel, bajo una gran campana de cristal que permitía ver el exterior, aislados de la temperatura hostil y del aire irrespirable.

Era un lugar hermoso desde el que se dominaba el gran canal marciano.

Cuando buscó una mesa, descubrió a una persona a la que reconoció de inmediato.

—¿Puedo sentarme, doctora?

—Ah, sí es el cosmonauta Castell.

Conrad se sentó y tomó la carta entre sus dedos.

—¿No esperabas verme?

—La verdad, no: pero me alegro de que pueda acudir al restaurante. Tiene usted una gran vitalidad.

—Eso no lo dudes. En otro momento, si lo deseas, puedo; demostrártelo mucho mejor.

—Hum, no me cabe duda. No olvide que soy doctora en medicina.

—Ah, sí, olvidaba que tienes fotografías holográficas de mi persona.

—Con todas sus proporciones.

—¿Y qué opinas, estoy bien dotado?

—Le recomiendo que no coma mucho —dijo, evadiendo la respuesta que él exigía.

Conrad escogió el plato combinado que se le ofrecía en la carta y pulsó los botones correspondientes que tenía al alcance de su mano.

Un piloto se puso rojo frente a él y poco después, otro se ponía verde.

Pulsó un resorte y parte de la mesa desapareció. En su lugar surgió la bandeja con la comida pedida que llegó por los conductos asépticos que eliminaban personal.

—¿Es poca o mucha esta comida?

La doctora Medas la miró y sonriendo opinó:

—Teniendo en cuenta que su vitalidad es grande, está bien.

—Magnífico.

—Le diré que su amigo Joseph mejora, pero pasará algún tiempo antes de que pueda salir de la cápsula; hay órdenes muy estrictas. Es un peligro epidémico y hay que evitarlo.

—Lo comprendo. ¿Qué vas a hacer luego?

—Descansar.

—Magnífico.

—¿Por qué? —preguntó ella sonriente, brillándole los ojos.

—Podemos descansar juntos.

—No se precipite. Quiero descansar sola, dos horas de sueño me son imprescindibles antes de volver a mi puesto.

—No vas a dejarme solo después de jugar conmigo como lo has hecho...

—Yo no he jugado con usted, me he limitado a cumplir con mi deber. Y ahora, buen apetito —le deseó Dunia, levantándose y dejándolo solo.

Conrad frunció el ceño. La joven médico, al parecer con una gran responsabilidad en la clínica, sabía darle el esquinazo.

—Hay que recuperarse —se dijo.

Al levantar la servilleta de celulosa, halló un papel doblado que observó con curiosidad. Lo desdobló y pudo leer:

«IO.23, 4.11, 5.2O h. Por la causa. Groc.»

Ante aquel inesperado mensaje, en apariencia incoherente, quedó preocupado. Acudió a su mente la imagen de unos policías uniformados blandiendo sus armas y la del honorable Groc siendo golpeado. Todo parecía una alucinación, como un suceso que no hubiera vivido.

Se guardó el mensaje y miró en derredor con recelo; sólo descubrió una patrulla armada de la policía de seguridad dependiente de las milicias cosmonáuticas federales, pero su intuición le advirtió que estaba siendo vigilado.

CAPITULO IV

Un taxi veloz le condujo al astropuerto. Allí se interesó por su cosmonave Senglar-81. El jefe de policía del astropuerto tecleó en la terminal del computador y pronto apareció la respuesta.

—Está revisada y desinfectada.

—¿Puedo entrar en ella y recoger mis cosas?

—Sí, están descargando el oxalium de las bodegas.

—Bien.

Por las galerías subterráneas, fue hasta su cosmonave. Salió al exterior por el túnel plástico que aislaba la atmósfera interior de la exterior.

En apariencia, nada se había tocado dentro de la cosmonave Senglar-81. Todo seguía igual pero silencioso en la parte de pilotaje mientras en la bodega se descargaba el oxalium con cuidado.

—¿Cómo estás, «Gamarús»?

—Positivo, positivo.

—Magnífico, «Gamarús», luego te vendrás conmigo —le dijo al androide como si éste fuera un ser humano terrícola.

—Orden recibida, orden recibida —respondió con su «voz de bocina.

Se cambió de ropa y escogió un traje de semi-supervivencia, suficiente para tener una buena respiración y soportar temperaturas extremas, pero que no llegaba ni a la mitad del volumen y peso del traje de supervivencia espacial, por lo que le permitía todos los movimientos.

—Sígueme —ordenó a «Gamarús».

—Orden recibida, orden recibida.

El androide anduvo tras Conrad que se fue al hangar y subió a bordo de su atom-hover-craft. Llevándose al androide de, abandonó el astropuerto.

«Esas cifras tienen que ser unos acimuts, unas coordenadas, y la última, una hora con respecto al momento en que se me encargó el mensaje», pensó, y se alejó de la colonia Cero.

Gracias a la cámara de telescopía, observó que dos vehículos le seguían a distancia.

Aumentó la velocidad y se sumergió en las aguas de un lago artificial con el que se había intentado transformar la climatología marciana.

Los veloces vehículos pasaron de largo y Conrad Castell comprendió que estaba siendo vigilado, posiblemente por la policía de alta seguridad, y debía andarse con cuidado.

En el programador que tenía en su vehículo calculó la distancia que le faltaba para llegar a las coordenadas que le habían pasado secretamente y calculó que le sobraba una hora, por lo que decidió pasarla bajo el agua; la policía seguiría buscándole sin éxito.

—Atención, atención, artilugio electrónico intruso a bordo, artilugio electrónico intruso a bordo...

—¿Dónde?

El robot mecanoelectrónico señaló la pantalla visora. Conrad Castell se extrañó, pero oprimiendo unos resortes la desmontó y detrás de la misma, efectivamente, descubrió un pequeño artilugio con energía autónoma.

—De modo que me han colocado esto para poder seguirme. Seguro que algún satélite artificial me está vigilando.

Metió el artilugio espía en el desaguador automático. Movió una palanca y el artilugio se fue al interior del lago artificial, descendiendo hasta el fondo. Mientras, Conrad Castell cambiaba de posición y la abandonaba luego por un lugar rocoso.

Había observado que el astropuerto, vacio cuando llegara, ahora estaba lleno de cosmonaves que huían del planeta Tierra y del peligro que significaban las bombas de supraneutrinos.

Fue en busca del vial principal que unía la colonia Cero con la colonia Uno. A mitad de camino entre ambas se hallaba la gran área de ocio «Prometeo».

Convencido de que el vial estaría rebosante de vehículos, fue hasta él y se sumergió en la densa circulación para así pasar desapercibido. Si le vigilaban desde un satélite artificial, tendrían problemas.

Conocía el área de ocio «Prometeo» con sus magníficas instalaciones. Se internó en ella y se disolvió entre otros vehículos.

Por el área de servicio, en lugar de marchar hacia el vial y aventurándose a espacio abierto, fue en busca de las coordenadas que le habían dado.

Podía ser seguido y espiado, era una posibilidad, pero él había hecho todo lo posible para escapar al espionaje del que creía ser objeto.

Cruzó la vasta extensión del desierto naranja y se hundió en el mar de las rocas, rocas que no sobrepasaban los dos metros de altura pero que eran un verdadero obstáculo para circular.

No tardó en darse cuenta de que las coordenadas que le habían dado se entrecruzaban en el centro del mar de las rocas.

Cuando arribó a 10.23 y 4.11, miró la hora de su reloj y comprobó que faltaban tres minutos para la hora prefijada, si el mensaje había sido escrito tal como él lo había interpretado.

—¿Qué te parece esto, «Gamarús», detectas algo raro?

—Negativo, negativo —respondió con su voz de bocina.

—Sal afuera y haz una inspección en torno al vehículo.

—Orden recibida, orden recibida.

«Gamarús», el androide mecano-electrobiónico, salió del vehículo y caminó en torno a él girando al mismo tiempo su cabeza trescientos sesenta grados para que no le quedara ningún punto ciego.

—Positivo, positivo —dijo de pronto, deteniéndose encarado con una roca que estaba como a diez pasos de ellos.

—¿Qué es lo que detectas, «Gamarús»?

—Energía electrónica, energía electrónica.

Apenas acababa de apearse Conrad Castell del vehículo provisto de un arma, cuando la roca comenzó a desplazarse y apareció el hueco de una gruta que al principio no supo si era artificial o natural.

Apareció un hombre con un traje de semi-supervivencia. Iba armado, pero levantó mano y brazo en señal de amistad. De inmediato, miró en torno como temiendo que pudiera haber alguien más.

—Elemento humano terrícola, elemento humano terrícola —dijo el robot «Gamarús» después de su observación telectrónica.

—Ya lo veo, «Gamarús».

Conrad levantó también su brazo y mano en señal de paz y amistad.

—¿Es usted Conrad Castell?

—Sí.

—Sígame.

—¿Y el androide?

—Puede venir con usted. Por el vehículo no se preocupe, lo cubrirán ahora mismo con un camuflaje.

Por detrás de otras rocas aparecieron varios hombres también provistos de trajes de semi-supervivencia.

Cubrieron el vehículo de Conrad con una fina tela pintada holográficamente. Desde lo alto, si alguien la observaba en vuelo o desde un satélite artificial, lo tomaría por una roca más.

—Vamos adentro.

—Un momento. ¿Quiénes son?

—Somos los del G.R.E.

—¿G.R.E.? Había oído hablar de vosotros, pero...

—Grupo Resistencia Elite. Vamos, no podemos arriesgarnos a ser descubiertos, la policía de alta seguridad nos busca.

—¿Por qué esta cita?

—Sígueme.

Entró en la gruta. Descendieron por una rampa mientras la falsa roca volvía a cubrir la entrada para que no fuera descubierta.

«Gamarús» iba en silencio, siguiendo a su amo.

Llegaron a una sala en la que Conrad Castell descubrió varios

vehículos de distintos tipos. Uno de ellos se hallaba totalmente cubierto y era mayor que los otros. En aquella sala coincidían otras galerías.

—¿Son por si sois descubiertos? —Conrad señaló las otras galerías.

—Sí, es conveniente tener varias salidas camufladas, nunca se sabe. La policía de alta seguridad posee métodos muy buenos de detección y también utiliza satélites artificiales de espionaje ciudadano.

—Eso, según la constitución, está prohibido.

—Sí, pero la policía de alta seguridad hace lo que le viene en gana porque así lo ordena el general Sartorius.

Castell había oído cosas graves en contra del general Sartorius; a él mismo no le simpatizaba en absoluto.

El guía le introdujo por una galería hasta una sala en la que se hallaban unos paneles portátiles de control. En torno a una mesa había sentados una docena de personajes vestidos con el semitraje de supervivencia, ya que la cueva no tenía atmósfera propia.

Los cristales de los cascos eran polarizados, de modo que desde el exterior era imposible ver los rostros que se ocultaban en el interior de los yelmos.

—Aquí está Conrad Castell.

Ante aquella lacónica presentación, todos asintieron con la cabeza en señal de asentimiento.

—Se me ha informado de que son un grupo político de resistencia a los Elite, aunque son cientos de millones los seres en el planeta Tierra y sus colonias espaciales que niegan la existencia de ese grupo Elite de superejecutivos en la sombra.

Una voz grave replicó a Castell:

—No es un grupo fantasma, es real, tenemos sus nombres, sus biografías, sus holografías.

En el centro de la mesa aparecieron las doce fotos holográficas de los supuestos miembros del grupo Elite, los doce hombres que movían la civilización terrícola.

Los nombres de cada uno de ellos aparecían bien visibles al pie de las imágenes fijas.

El hombre de la voz gruesa que no se había identificado, lo mismo que los demás, explicó:

—Este grupo está por encima del gobierno federal que está formado por un montón de peleles, hombres de paja y nosotros queremos que sean libres y representativos.

—Lógico, pero cientos de millones, yo diría que miles de millones de personas, piensan que es el gobierno que eligieron.

—¿Qué eligieron? Han rebasado tres cuatrienios y con falsos estados de excepción y alarma ante posibles invasiones extraterrestres

se han asegurado la continuidad en el gobierno de forma anticonstitucional y cuando han aparecido los que protestaban por la falta de nuevas elecciones, han sido aplastados por las botas de los secuaces del general Sartorius, el verdugo de nuestro sistema.

—Sí, se ha hablado mucho de la brutalidad de los hombres del general Sartorius.

—¡Brutalidad es poco! —protestó otro—. Torturas, asesinatos, desapariciones... ¿Y qué me dice de la última monstruosidad?

—¿Qué monstruosidad? —preguntó Castell.

—¡Mil quinientos millones de muertos, mil quinientos millones de asesinatos!

—He oído antes esa acusación —musitó Castell como turbado.

—Tuvo que ser el honorable Groc —le dijo otra voz que brotaba de detrás de uno de aquellos cristales superpolarizados que ocultaban los rostros para que éstos no fueran reconocidos.

—Yo vi al honorable Groc, pero no me acuerdo cuándo.

—Cuando lo detuvieron a él. Está herido y sabemos que ha sido torturado —explicó el que había presentado a Castell a los demás.

—¿Cuando lo detuvieron? No recuerdo.

—Sabemos que usted estaba junto al honorable Groc y le defendió golpeando a uno de los policías. Luego, le dispararon por la espalda.

—No recuerdo —repitió Castell con sinceridad.

—Le dispararon el rayo paralizante al espinazo —le aclaró otro miembro del grupo mientras los demás seguían callados.

—Eso explicaría la parálisis que he sufrido y de la cual no estoy repuesto totalmente. Yo conozco al honorable Groc, hubo un tiempo en que nos tratábamos mucho.

—Puede estar seguro de que fue así. Sabemos que el honorable Groc fue casi un padre o un hermano mayor para usted, Castell —le dijo el hombre de la voz grave y prosiguió —El honorable Groc es el cerebro de nuestro grupo G.R.I y debemos liberarlo para continuar la lucha y desenmascaré a los peleles. Hemos de ajustar las cuentas al general Sartorius y quitar el poder a los doce de la Elite.

—Por lo que oído, todo ello es muy difícil, diría que a imposible. La policía de alta seguridad posee unos medios sofisticados muy importantes y hombres en cantidad.

—Así es, desgraciadamente.

—¿Dicen que ha sido torturado?

—Sí.

—¿Han intentado liberarlo por algún medio?

—Sólo que alguien se hiciese ver pidiendo su libertad, quedaría automáticamente detenido. Si estuviéramos en el planeta Tierra habríamos convocado una gran manifestación ó protesta, pero aquí las circunstancias son más duras, más difíciles. Es una situación de

gran excepción donde los policías pueden avasallar más aún y las fuerzas milicianas lo controlan todo. Pero, tenemos que rescatar al honorable Groc a precio que sea y más ahora que han masacrado a un terca de la humanidad terrícola.

—¿De verdad creen que ha sido sabotaje? —insistió Castell.

—¿Sabotaje? —repitió el hombre de la voz gruesa—. Mucho peor, es un asesinato planificado, totalmente planificado.

—¿Planificado, por qué?

—¿No lo sabe?

—No, mi información es la de cualquier otro ciudadano terrícola.

—Ya lo sabrá, antes hemos de obtener más informaciones le otros miembros del grupo G.R.E.

—Un momento —pidió Castell—, ustedes quieren involucrarme en su grupo de resistencia al gobierno.

—Un gobierno que se sucede a sí mismo por la fuerza —le puntualizó uno de los presentes.

—Está bien, es cierto, pero en las circunstancias en que estamos, cuando se ha producido la mayor catástrofe ocurrida a lo largo de toda la historia de la humanidad terrícola, hay que aceptarlo y ustedes aseguran que la tragedia ha sido provocada y planeada y no me dicen por qué.

—Tenemos observadores, se lo decía hace un momento —le dijo otro miembro del grupo, pues ninguno de ellos se identificaba—. Cuando tengamos datos precisos, los daremos a la opinión mundial, a todos los terrícolas para que conozcan lo sucedido, para que sepan de qué horror es capaz el grupo Elite de los doce y su verdugo que es el general Sartorius. Antes hay que liberar de las garras del verdugo al honorable Groc, él le contará mucho de lo sucedido. Nosotros sabemos, estamos seguros, de que participará en la fuga del honorable Groc.

—¿Y si no colaboro?

—Lo dejaremos a su conciencia, en total libertad y no tomaremos ninguna medida contra usted.

—¿De veras no me harán nada, ni aun sabiendo que puedo delatarles a la policía de alta seguridad como corpúsculo subversivo?

Ni aun así, usted lo hará.

—Está bien. ¿Qué hay que hacer? —preguntó ante aquella respuesta que le ofrecía tanta confianza.

—Pongamos la operación en marcha —pidió el hombre de la voz gruesa.

La pantalla holográfica que constituía la mesa se apagó 5 volvió a encenderse para ofrecer un plano. Uno de los hombres que hablara con anterioridad explicó: —Este es el plano de la prisión de más alta seguridad de Marte.

CAPITULO V

Conrad Castell regresó al astropuerto dando un gran rodeo.

Cuando llegó a su cosmonave Senglar-81, el oxalium había sido desembarcado y el plástico que ofrecía un canal de aire respirable, retirado.

Se internó en su cosmonave y cerró las compuertas.

—«Gamarús», da un vistazo a las bodegas, a ver cómo lo han dejado todo.

—Orden recibida, orden recibida.

Fue a la sala de control y pilotaje de la Senglar-81 y allí recibió la desagradable sorpresa de comprobar que no se hallaba solo.

Había ocho hombres, cuatro de ellos agentes de alta seguridad, hombres capaces de resolver las situaciones más difíciles con sus armas. Tres eran oficiales y el cuarto, un coronel. Todos ellos se cubrían la cabeza con el casco de semi-supervivencia para poder moverse en la hostil atmósfera del planeta Marte.

—Bien venido a su cosmonave, Castell —le dijo el coronel de la policía de alta seguridad. Se hallaba acomodado en la butaca que utilizaba el propio Conrad Castell.

—¿Qué hacen aquí, dónde está su orden de registro? No quiero recordarles que esto es un allanamiento de morada.

El coronel de la policía de alta seguridad se rió sordamente y miró a sus hombres, todos ellos bien armados.

—No nos andemos con rodeos, Castell. Usted es muy listo y ha creído que podría engañarnos.

—¿Y por qué habría de engañarlos? Ustedes son la policía de alta seguridad.

—Exactamente.

—Sabemos que se ha reunido usted con un grupo de bandidos.

—¿Un grupo de qué?

—No se haga el tonto, Castell. Todo puede salir bien para usted si no se empeña en todo lo contrario.

—No sé de qué me hablan.

—Lo sabe perfectamente y si se mete en líos, va a encontrarse para lo que le resta de vida en un planeta de castigo picando en cualquier mina.

—¿He de tomarlo como una amenaza?

—Claro que sí.

—Bueno, pues si ya ha lanzado su amenaza, puede largarse.

—Está usted muy seguro de sí mismo, Castell. Tengo un recado para usted de alguien muy importante.

—¿De alguien tan importante como el general Sartorius?!

—Si usted lo dice.

—¿Sí o no? —intentó concretar.

El coronel replicó ambiguo:

—Digamos que puede ser.

—¿Otra amenaza del general Sartorius?

—Mejor una oferta.

—¿Una oferta, para qué?

—Usted tiene en regla toda la documentación como oficial con grado de capitán de la milicia cosmonáutica de la federación terrícola.

—Así es. Me licencié hace ya unos cuantos miles de horas.

—Lo sabemos. Por servicios especiales prestados al gobierno federal, además de alguna condecoración, podría ser nombrado comandante en jefe„ de la división cosmonáutica 13.

—¿La división cosmonáutica 13? —repitió Conrad con asombro—. Es una de las divisiones más importantes, con dos docenas de escuadrillas de cosmonaves de caza.

—Exactamente. Un cargo de comandante en jefe es más que envidiable, muchas oficiales jefe aspiran a él y jamás legan a conseguirlo. Está reservado a quien merece la confianza del ejecutivo superior.

El rostro de Conrad Castell semejaba haber cambiado y el coronel creía haber captado este cambio.

—¿Y qué es lo que tendría que hacer para merecer tan alto honor?

—Sabemos que el honorable Groc tiene cierta amistad con usted.

—Conocidos de antiguo, nada más.

—Sí, ese dato lo sabemos. El honorable Groc está relacionado con un grupo subversivo que se dedica al sabotaje sistemático; son unos fanáticos paranoicos que causan mucho daño.

—¿Y qué defienden?

—Nada en realidad, sólo van a la contra. Son los eternos descontentos, pero en este caso forman un grupo tan peligroso como dañino. Están organizados y poseen cierto material bélico. Nosotros queremos aplastar a ese grupo saboteador, eso es todo.

—¿Y qué pinto yo en todo esto?

—Usted se pondrá en contacto con ellos o ya se habrá puesto. Les seguirá el juego y nos facilitará información en una clave que le daremos y en el momento oportuno los cazaremos a todos.

—Un momento.

—Usted dirá.

—¿Habrá juicio para todos ellos, me refiero a un juicio legal?

—Naturalmente, eso lo garantiza el mismísimo general Sartorius.

—Ah, creí que no era él quien me ofrecía el trato por boca de usted…

—Es muy listo, Castell. Bien, ¿para qué seguir con las adivinanzas? Sí, ese trato se lo propone el mismísimo general. Todos tendrán un juicio justo y usted un premio especial, comandante en jefe de la división cosmonáutica 13. ¿Le parece bueno el trato?

—Muy bueno, pero ¿y si no se ponen en contacto conmigo?

—Se pondrán. Usted seguirá su vida normal y será detenido en el restaurante del Hotel Supernova dónde se hospeda. Daremos un poco de espectáculo para que el arresto cause sensación. ¿De acuerdo?

—¿Podré defenderme para dar un poco más de verosimilitud al asunto?

—Dele un poco de realismo, pero tampoco se pase. Será llevado a compartir la celda con el honorable Groc; procure no hacer muchos destrozos para que se le pueda poner en libertad provisional.

—Creo, coronel, que la propuesta que me trae de parte del general Sartorius me conviene.

—Sólo puede haber un problema.

—¿Cuál?

—Si falla, si comete una indiscreción que estropee la captura de ese grupo saboteador a cuya cabeza está el honorable Groc, usted será puesto en una cápsula hermética y enviado al espacio para toda la eternidad. Ya sabe lo que es eso. ¿verdad? Se trata de darle el aire suficiente para que sobreviva cien horas, un aire dosificado. Después, la falta de aire trae la muerte y se convierte en una momia sideral.

—Creí que era una leyenda negra eso de que enviaban al espacio burbujas herméticas para convertir en momias siderales a las personas molestas.

—Hay partes de las leyendas negras que suelen ser verdad, no lo olvide.

Dicho esto, se levantó de la butaca y dando una orden con la mano, hizo que sus hombres le siguieran.

CAPITULO VI

—Eh, Joseph, ¿cómo te encuentras?

—Oye, no puedo quejarme, tienen un buen surtido de videocasetes eróticos —dijo.

Desde el interior de la cápsula, a través de la mirilla, podía ver una pantalla de entretenimiento en la que pasaban las cintas que él elegía.

—Por lo menos se te ve la cara bastante bien, los granitos están más pequeños.

—Tenía miedo de quedar picado como de la medieval viruela, pero parece que la doctora Dunia Medas me lleva bien.

—Pues, a seguir reponiéndote, compañero.

Conrad se volvió hacia la doctora Medas para preguntarle:

—¿Cuánto tiempo tardará en reponerse del todo?

—No podrá reincorporarse a su puesto en la cosmonave antes de ochocientas horas.

—Eso es mucho.

—¿Va a marcharse de Marte?

—Parece que las autoridades no autorizan ningún viaje hacia la Tierra, y para regresar al planeta Amadeus en busca de más oxalium aún me queda tiempo libre según el contrato al que estoy sujeto.

—Pues, diviértase aquí en Marte. Es cierto que estamos de luto, pero desde que la humanidad existe, unos mueren y los demás siguen viviendo.

—Lo ha dicho una seguidora de Hipócrates.

—Sí, lo digo porque por más dolor que cause la muerte de mucha gente por accidente, hay que seguir viviendo.

—¿De verdad que ha sido un accidente?

—Sin duda alguna, es lo que han dicho los medios de información.

—¿Y das todo el crédito a los medios de información?

—¿Por qué no habría de dárselo?

—No sé —se encogió de hombros—. Por cierto, ¿cómo está el chequeo que acaban de hacerme?

—Perfecto.

—¿Queda evidente que no estoy contaminado por la infección del planeta Amadeus?

—Sí.

—Entonces, ¿puedo arrancarme esto? —preguntó, quitándose la plaquita morada que le identificaba como persona en observación médica.

—Sí, oficialmente ya no tiene por qué llevarla.

—Magnífico, hasta ahora tenía reparos.

—¿Reparos, de qué?

Alargó sus manos para cogerla por la estrecha cintura y la atrajo hacia sí.

La besó en la boca pese a que ella trató de evitarlo. Forcejearon, pero Conrad Castell terminó venciéndola y ella se sometió a la caricia aunque no se entregó a ella.

Fue un beso en el que Dunia optó por la pasividad. Conrad apartó la boca de ella, pero no soltó su cintura.

—¿Por qué lo ha hecho?

—Porque me gustas y también porque te aprovechaste de mí cuando yo no podía moverme. Me ofreciste tus labios cuando yo no podía besarlos.

—Sólo fue una broma.

—Para mí no es una broma, es un placer.

—El placer del amor ha de ser compartido o se trata de una violación y eso está penado por la ley.

—Creí que participarías.

—Ya ha visto que no.

—¿Por qué no probamos otra vez?

—¿Por qué no lo dejamos, mejor?

—De acuerdo, vamos a dejarlo —aceptó con un suspiro—, pero en la próxima ocasión volveré a intentarlo y es posible que con más profundidad.

—¿He de ponerme a temblar? —preguntó desafiante, aunque Conrad Castell creyó ver un destello de deseo en los ojos femeninos.

—La verdad, a mi me gustaría que temblaras, pero cuando te estuviera besando.

—¡Es usted imposible!

—¿Le tienes miedo al amor?

—¿Yo?

—Sí, no hay nadie más cerca —le observó, irónico.

—¿Por qué habría de temerle al amor?

—No sé. Hay mujeres que opinan que amar es someterse al hombre.

—Es posible.

—Yo no lo creo. El hombre se somete también al placer de la mujer, ha de set una entrega mutua.

—¿Va a darme clases sexuales a estas alturas?

—Si me dejaras darte clases de prácticas sexuales, yo...

—Puede marcharse de la clínica —le cortó con brusquedad—, Y ya no tiene obligación alguna de volver, salvo que se dé de narices contra una pared de cristal.

—La verdad, prefiero encontrarme contigo en otra parte. ¿Nos

vamos?

—¿Cómo dice?

—He averiguado cuál es tu hora de salida. —Consultó su reloj—. Sólo falta un minuto para que quedes libre.

—Sigo opinando que es usted un tipo imposible.

—Te invito a almorzar.

—¿Es que no va a dejarme en paz?

—No.

—Entonces, comeremos en el restaurante del hotel.

—Magnífico, es el mejor lugar.

—¿Por qué? —preguntó Dunia, como sorprendida.

—Muy sencillo: porque al terminar de comer, las habitaciones están muy cerca.

—¿De dónde ha dicho que ha venido en su último viaje interestelar?

—Del planeta Amadeus.

—Tendremos que admitir que es un planeta con mucha influencia afrodisíaca, ¿no cree?

—Yo diría que mis estímulos los ha excitado tu cara, tu cuerpo.

—No siga, por favor. Espéreme e iremos a comer.

Dunia Medas se alejó. Se sentía acosada por aquel hombre y no quería ceder con facilidad pese a que él la atraía con fuerza.

Conrad Castell era un hombre alto, de caderas estrechas y constitución atlética; poseía un cabello castaño rojizo oscuro muy abundante y lacio, con un gran fleco que casi le llegaba a las pobladas cejas que le daban algo de primitivismo.

Sus ojos verdes irradiaban una felinidad que ella temía como un ratón hubiera temido al gato; sin embargo, sentía la atracción del peligro.

Se había burlado de él cuando Conrad estaba paralizado, tenía que admitirlo, y ahora él se vengaba, pero Dunia no sabía hasta qué punto era burla o sinceridad aquel acoso a que él la sometía.

El restaurante no estaba al completo, y pudieron elegir una mesa bien situada.

El dijo:

—Pediré una botella de champaña.

—Eso es muy caro.

—Los lujos deben consumirse en los momentos adecuados.

—¿Y éste es un momento adecuado?

—Opino que sí. ¿Cuándo fue la última vez que bebiste champaña?

—La última copa, pues… —trató de recordar.

—Es lo mismo, ahora beberemos champaña natural. Yo invito y la comida no debe ser fuerte.

—¿Y ha de contener afrodisíacos? —inquirió, burlona.

—¿Tú crees en los afrodisíacos?
—En los que no son droga, no.
—Dicen que determinados alimentos lo son.
—Más psicológicamente que biológicamente.
—Bueno, para mí es suficiente afrodisíaco mirarte.
—¿Adónde? —preguntó ella sintiendo que se le humedecían los labios.
—Te lo diré luego.
—¿Tan difícil es decirlo?
—Prefiero decirlo en otro momento con más intimidad y ya con las burbujitas de champaña en la sangre.
—¿Y si luego no hay momento de intimidad? Porque yo he venido a comer, nada más.
—No discutamos, es malo para las digestiones.
—Aún no hemos empezado a comer —se burló ella.
Castell pidió champaña bien fría. El lugar no era romántico y sí bastante ruidoso.
Pidieron un combinado de frutos marinos terrestres y ella observó:
—Le va a costar una fortuna.
—¿Qué importa? El último viaje ha sido rentable.
En aquel instante, tres policías armados de alta seguridad se acercaron por la espalda a Conrad Castell. Uno de ellos le puso la mano sobre el hombro, lo que le obligó a girarse.
—¿Eh? ¿Qué sucede, agente?
—¿Conrad Castell?
—Sí.
—Venga.
—Lo siento, estoy comiendo.
—Es una orden, síganos. Ya ha comido bastante por hoy.
—Yo opino lo contrario y no les sigo si no tienen una orden de arresto contra mí. Ya no soy persona en observación médica. ¿No es cierto, doctora Medas?
—Así es. Su estado social está en regla.
—Está arrestado, síganos —insistió tajante el oficial que mandaba el trío de policías de alta seguridad.
—¿Adonde quiere llevarme?
—A las oficinas generales del departamento.
—Está bien, dígales que ya me presentaré dentro de cinco horas. Ahora no estoy disponible.
Desde las mesas circundantes comenzaron a observarlo con admiración y asombro. Nadie se atrevía a replicar a los agentes de alta seguridad como él lo estaba haciendo. La propia Dunia Medas lo miraba con admiración.
Conrad Castell seguía cogiendo la botella de champaña por el

gollete como si los agentes no existieran cerca de él.

—Síganos o tendremos que emplear las armas.

—¿Disparando por la espalda para paralizarme los nervios? ¿Es su sistema, agentes?

—Está usted provocando demasiados problemas, Castell; síganos.

—Dígale a su jefe, sea quien sea, que dentro de cinco horas ya iré a verle; ahora no estoy para idioteces.

Uno de los agentes le dio un culatazo con su fusil polivalente que lo hizo caer al suelo. Mientras caía, Conrad, que tenía la botella de champaña en la mano, golpeó el rostro del agente, derribándolo a su vez.

—¡Disparad sobre él!

—¡Noo! —gritó Dunia Medas, sabiendo que no era nada bueno recibir dos veces el rayo paralizante del espinazo en tan breve espacio de tiempo. Los nervios podían resentirse de forma irreversible.

Uno de los agentes disparó, mas ya Conrad Castell rodaba sobre sí mismo, escapando al disparo paralizante.

En el restaurante se armó un gran tumulto. El oficial de los agentes activó un artilugio que llevaba consigo y no tardaron en aparecer una docena de policías de alta seguridad.

Conrad lanzó una silla contra la cara del oficial, derribándolo al tiempo que le daba una patada de karate a un agente y lo doblaba por la mitad.

Logró arrebatarle el arma, pero era un hombre solo y varios cañones de armas polivalentes se apoyaron contra su cuerpo.

—Un movimiento y considérese desintegrado.

—Está bien, muchachos, ganáis vosotros, pero no os voy a perdonar que me estropeéis el ligue.

—¡Andando! —le ordenaron, empujándole después de desarmarle y colocarle el grillete electrónico que inmovilizaba sus manos.

—Adiós, doctora. Espero que volvamos a vernos pronto y en mejor situación. Suelo decir: «aprovéchate lo que puedas que luego no sabes la putada que te van a hacer».

CAPITULO VII

El aspecto del honorable Groc no era muy bueno. Se hallaba en actitud meditativa y no hablaba.

La celda angosta, de paredes blancas, con un orificio de respiración por el que apenas cabía el puño, sin ventana alguna y con una luz indirecta, estaba preparada con tres catres para otros tantos reclusos. Pero sólo había dos, el honorable Groc y otro recluso que parecía idiotizado; el honorable Groc suponía que se hallaba en aquel estado a causa de las torturas recibidas.

En ocasiones, las torturas eran muy sofisticadas y no dejaban ninguna huella exterior en el cuerpo humano, pero había otras más vejatorias con las que pretendían humillar y que sí dejaban huellas.

—¡Aaaaaah!

El recluso idiotizado había comenzado a gritar desaforadamente mientras saltaba contra las paredes como una rata rabiosa. Tenía los ojos como fuera de sus órbitas y babeaba.

El honorable Groc lo observó sin moverse de su catre; sabía que nada podía hacer para apaciguar a su compañero de celda.

Era horrible presenciar la locura de aquel recluso. De pronto, se lanzó sobre el honorable Groc y le oprimió el cuello con sus manos. Sin dejar de gritar, comenzó a estrangularlo.

El honorable Groc, sorprendido por el ataque, no pudo reaccionar. Por otra parte, no era un hombre físicamente fuerte y su edad no era la más idónea para la lucha cuerpo a cuerpo y menos con un loco en pleno ataque de violencia agresiva.

Los ojos abiertos del honorable Groc comenzaron a verlo todo rojo. La sangre semejaba haber penetrado en el interior de los globos de sus ojos en aquel brutal ataque.

Comenzó a pensar que aquél era su fin, el fin del hombre que había fundado el grupo de resistencia a la Elite de los doce ejecutivos que movían el gobierno federal como si fueran muñecos en beneficio de las macroempresas que controlaban, macroempresas que extendían sus tentáculos hasta los más lejanos sistemas estelares conquistados.

Cuando ya el honorable Groc creía que su vida se extinguía en manos de aquel recluso torturado hasta la locura, cuando ya sus ojos se oscurecían y el cerebro recibía el castigo de un dolor intenso por falta de sangre nueva oxigenada y sus pulmones no podían hincharse por falta de aire, se abrió la puerta de la celda.

Rerrerrerrerre...

El disparo de un arma polivalente dio en mitad de la espalda del recluso loco.

El honorable Groc sintió que la presión aflojaba en su garganta. El peso del atacante desapareció al caer al suelo.

Uno de los vigilantes de la prisión de alta seguridad se inclinó sobre el caído. Tras observarlo, sentenció:

—Está muerto.

El oficial ordenó:

—Llevadlo al desintegrador, que no quede ni rastro.

Mientras dos agentes se llevaban a rastras el cuerpo sin vida del recluso loco, el oficial se acercó al honorable Groc y le tomó el pulso.

—Vamos, está bien.

El honorable Groc, agotado por la agresión, no dijo nada, ni siquiera abrió los ojos.

Sin contemplaciones, el oficial abofeteó por dos veces al honorable Groc.

—¡Despierte! No ha sido nada, a menos que quiera que le llevemos de nuevo a la sala de reanimación.

El honorable Groc sabía muy bien lo que significaba la sala llamada eufemísticamente de «reanimación».

Abrió los ojos y miró a su verdugo. Hubiera deseado escupirle a la cara pero ya no tenía fuerzas para ello. Los labios le sangraban una vez más, no habían tenido tiempo de cicatrizar. Las heridas de las torturas anteriores continuaban abiertas.

Cerraron la puerta de la celda dejándolo solo. Se tendió en la litera, se pasó el dorso de la mano por la boca y se la manchó de sangre. Pese al dolor que acuchillaba todo su cuerpo, se durmió.

El ruido de pasos y el abrirse la puerta le despertó. Levantó los párpados para dejar libres los ojos y vio que le traían un nuevo compañero al que empujaron al interior de la celda, quitándole los grilletes electrónicos.

—¡Honorable Groc!

—¡Conrad, muchacho!

—¿Qué te han hecho? Tienes muy mal aspecto —le dijo, descubriendo los hematomas en su rostro y la sangre reseca en la boca hinchada. Las huellas de la última paliza quedaban disimuladas por la espesa barba que lucía el honorable Groc—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, bien. ¿Cómo te ha ido a ti?

—Me capturaron contigo.

—Lo recuerdo, te dispararon el rayo paralizante. ¿Cómo te sientes?

—Bien, me recuperé en la clínica y como estaba en observación intensificaron el tratamiento, pero yo no me acordaba de nada. Luego me soltaron, pero hace unas horas, cuando estaba comiendo, han vuelto a arrestarme en el restaurante. Me han pasado por una sala de observación, me han quitado todo lo que llevaba encima y me han

traído aquí. No sé qué es lo que quieren de mí. Tengo mi cosmonave detenida en el astropuerto, han descargado la bodega, pero necesitaría volver a despegar para regresar al planeta Amadeus.

—¿No sabes por qué te han arrestado?

—No.

—Bueno, lo sabrás cuando te sometan a interrogatorio.

—¿Es cierto que torturan?

—¿No ves mi cara?

—Sí, claro.

—Mi cuerpo está igual y no hace mucho han sacado un cadáver de aquí.

—¿Muerto por torturas?

—Enloquecido por torturas. Luego ya no ha habido remedio y lo han eliminado para que el pobre demente no me matara a mí. Todavía me quieren vivo.

—¿Y qué querrán de mí?

—Ya lo sabrás, ya lo sabrás.

—Creo, honorable Groc, que tú sabes muchas cosas.

—Quizás.

—¿Por qué no me informas?

—¿De qué?

—No sé.

Conrad observó que el honorable Groc no tenía muchos deseos de conversar; debía estar agotado por las palizas recibidas, por los vejatorios interrogatorios.

Se tendió en la litera, dejando dormitar al anciano para que se recuperara. No podía darle nada para aliviarle, pues nada tenía al alcance de su mano y la celda era más bien pequeña, blanca y aséptica pero particularmente hostil.

Tumbado en la litera con las manos bajo la nuca, Conrad examinó las paredes y el techo, centímetro a centímetro, esperando encontrar algo.

Se fijó en el agujero de renovación de. aire, tapado con una rejilla y demasiado alto para llegar con la mano. La rejilla estaba un poco hacia adentro.

Se levantó y comprobó que la litera estaba sujeta a la pared, por lo que no podía utilizarla para encaramarse sobre ella; Dejó pasar el tiempo, no quería precipitarse.

El honorable Groc despertó y fue entonces, quizás por casualidad, cuando en la pared se abrió una compuerta y aparecieron dos bandejas de alimentos; eran muy básicos pero comestibles.

—Hemos de alimentarnos si queremos sobrevivir, muchacho.

—¿Cómo se come aquí?

—Sobrevives.

—Bueno, es suficiente, esperemos que nos tengan poco tiempo.

El honorable Groc no dijo nada más; era evidente que no quería conversar. Se alimentaron y devolvieron las bandejas de plástico a la compuerta en el momento en que ésta se abrió, succionándolas.

Castell cogió entonces por el hombro al honorable Groc y demandó su atención moviendo los labios pero sin hablar.

El honorable Groc puso cara de no entender. Conrad Castell cogió la almohada y le señaló el agujero de respiración. Siempre con las manos, indicó luego al honorable Groc que subiera sobre él y taponara el agujero.

El anciano vaciló. Castell le puso la almohada entre las manos y lo aproximó contra la pared. Lo cogió por los pies y comenzó a subirlo, demostrando así su fuerza.

El honorable Groc llegó a alcanzar el techo, tapó el agujero de respiración y fue descendido.

—Creo que ahí dentro hay un micrófono escucha.

—Sí, eso supongo —asintió el honorable Groc en un cuchicheo, de espaldas al agujero.

—Tenemos muy poco tiempo para hablar. Saben que somos amigos y me han pedido que te sonsaque para poder averiguar dónde se esconde el G.R.E.

—¿Tú has cedido a lo que te pedían?

—No podía negarme, por eso te lo estoy diciendo, por eso hemos taponado el respiradero, pero no podremos sostenerlo mucho. Dime cualquier embuste pero que sea creíble. —¿Para qué se lo traguen?

—Sí, para que yo pueda salir de aquí y hacerles creer que me voy a reunir con el G.R.E.

—Muchacho, yo confío en ti pero soy responsable de los demás miembros del grupo que luchan contra la explotación de la humanidad.

—No te preocupes, yo sé dónde están los del G.R.E., he hablado con ellos y hemos preparado un plan de fuga.

—¿Sí? —se asombró Groc.

—Sí. Comienza una huelga de hambre: tienen que llevarte a la enfermería y mantente allí todo el tiempo que puedas. Ese será el lugar del que se intentará rescatarte.

—¿La enfermería?

—Sí, hay un plan para sacarte de aquí por la enfermería, pero no se te ocurra ni mentarlo.

—¿Cómo fue que te reuniste con ellos?

—Ellos se pusieron en contacto conmigo. Ahora quitaré la almohada que tapona el respiradero y nos oirán. Creerán que estamos durmiendo. En cualquier momento pueden entrar en la celda para comprobarlo.

—¿Y qué puedo decirte yo, muchacho?

—No sé, algún agujero, algún escondite que ya no esté en servicio, que haya sido abandonado por merecer poca confianza. Yo saldré de aquí y ellos me seguirán a mí. ¿De acuerdo?

—Muchacho, confío en ti.

—Puedes confiar en mí, pero dime cuál es el motivo por el que han podido asesinar a más de mil millones de seres humanos terrícolas.

—Mil quinientos.

—Está bien, mil quinientos millones.

—Muy fácil, son los mil quinientos millones de seres humanos de la tercera edad, los que no producen, los que representan un gasto que los ejecutivos de la Elite dicen no poder soportar. Lo han disfrazado como un accidente, pero estaba todo calculado y de esta forma han eliminado a todos los ancianos de la humanidad. Eran una carga que ellos han creído insoportable y con este falso accidente se han quedado sólo con la gente productiva que ocasiona beneficios y no gastos y los niños que son los productores del mañana. Los ancianos han sido aniquilados como una carga económica inaguantable según ellos.

—No es posible semejante monstruosidad.

—¿No? Averigua si puedes quiénes han sido los afectados por el supuesto accidente del estallido de los silos de bombas de supraneutrinos que no destruyen más que vidas humanas. ¿No te das cuenta de la cantidad de millones y millones que diariamente ya no van a salir de sus bancos en concepto de pensiones para la vejez?

—Pero, ese dinero es de todos —protestó Conrad Castell.

El honorable Groc se puso a reír.

—Sí, dinero de todos, descontado a cada empleado de su salario, pero es un dinero que ellos controlan.

—Esto no puedo creérmelo, exterminar a todos los ancianos.

—A todos no se puede, pero sí a los máximos posibles que se hallaban en áreas concretas. El plan estaba pensado de antemano por el carnicero del general Sartorius que en forma secreta, sin que nadie lo supiera, montó los silos de bombas de supraneutrinos cerca de las áreas de concentración de ancianos. Todo fue preparado meticulosamente, había que exterminarlos y que todo pareciera un accidente. Los silos de bombas de supraneutrinos fueron distribuidos por todo el planeta, pero cerca de las residencias y urbanizaciones para, la tercera edad. Un ordenador controlaba todos los silos y este ordenador es el que supuestamente ha fallado, un accidente que ha aniquilado la vida de la mayoría de los ancianos del planeta. ¿Te das cuenta de que sólo con el pago de un galisol al día por anciano serían mil quinientos millones de galisoles ahorrados diariamente? Y no

cobraban por debajo de los cien galisoles.

—Repito que es monstruoso, increíble.

—Piénsalo bien, muchacho, y seguro que llegarás a las mismas conclusiones. ¿Por qué crees que estoy encerrado aquí, por qué crees que quieren hacer desaparecer nuestro grupo de resistencia? Porque nos proponemos denunciar esta monstruosidad a todo el mundo. Tenemos en marcha el montaje de varios emisores de T.T.V. que pondremos en marcha | en el momento preciso y entonces ofreceremos pruebas, pruebas irrefutables y serán todos los ciudadanos quienes se revuelvan contra los asesinos y explotadores.

—Está bien, no sigamos hablando, corremos mucho riesgo.

De un salto, cogió entre sus dedos la almohada que taponaba el agujero de respiración. Castell señaló el agujero como dándole a entender que ahora sí podían ser oídos y preguntó: —Si salgo de aquí, ¿dónde puedo encontrarme con tus discípulos?

El honorable Groc quiso dar naturalidad a su respuesta.

—No sé, no sé nada.

—¿Por qué no quieres decírmelo? —insistió Conrad.

—Te aprecio mucho, Conrad, pero no me fío.

—¿Te he traicionado alguna vez?

—No, no me has traicionado, pero esto es muy serio.

—¿No me jugué la vida por salvarte?

Conrad Castell hizo más forcejeos con las preguntas, pero el honorable Groc se resistió y optaron por conversar amigablemente, recordando otros tiempos.

—Escúchame, Conrad... —bajó mucho la voz, pero Conrad estaba seguro de que les oirían.

—Te escucho.

—Si consigues salir de aquí, busca a Scorpio.

—¿Scorpio?

—Sí, es un tipo muy especial, lo encontrarás en el cementerio de androides.

—¿Qué contraseña?

—Esta —le hizo un movimiento con la mano.

—Comprendido. ¿Y qué mensaje les doy, si es que salgo de aquí?

—Que pongan en marcha el plan «V».

—¿Sin ti?

—Sí, sin mí; lo importante es el plan, no yo. El grupo de resistencia contra la Elite de los Doce ha .de funcionar, la victoria será nuestra aunque seamos muchos los que caigamos atacados por el verdugo Sartorius y sus secuaces.

CAPITULO VIII

El coronel de la policía de alta seguridad, al parecer el hombre de confianza del general Sartorius, más conocido por «el Verdugo» por sus enemigos, miraba directamente a los ojos de Conrad Castell, como si a través de ellos quisiera sonsacarle la verdad.

—¿Cuál es la contraseña?

—¿Qué contraseña?

—No se haga el tonto, Castell. El honorable Groc le ha dado una contraseña para ponerse en contacto con el grupo de saboteadores y bandidos.

—¿Estaban escuchando?

—No sea infantil. Vamos, la contraseña.

—Prefiero conservarla para mí.

—Tenemos medios para obligarle a decirla.

—Sí, ya lo imagino, aunque al honorable Groc no han conseguido hacerle hablar.

—Es un viejo muy terco.

—Y aguanta mucho.

—Su resistencia puede vencerse.

—No creo que sea fácil. Posee la facultad de inhibirse del dolor por autohipnosis.

—Lo sabemos; y sabemos también que usted, Castell, no domina esa técnica; por lo tanto, es sensible al dolor de la tortura.

—No me creo ningún superhombre, pero sí tengo la suficiente inteligencia para darme cuenta de que si capturan a Scorpio y utilizan la contraseña no llegarán a ninguna parte; sólo cogerán a uno de los muchos cabos que posee este complicado ovillo que ustedes quieren quemar por completo hasta reducirlo a cenizas. Hay que ofrecerles un poco de confianza y llegar a conocer su verdadero escondite. ¿A cuántos quiere atrapar en su redada?

—A cien, como mínimo.

—¿Tantos son?

—Son más, ya lo sé, pero los más peligrosos...

—Está bien, va a dejarme ir y tendrá paciencia porque ellos recelarán de mí y pueden pensar en seguida que les estoy engañando, que tengo miedo a las torturas y que les voy a delatar.

—Sí, supongo que sí, pero quiero resultados rápidos, es decir, el general Sartorius quiere resultados rápidos. Todo debe estar solucionado pronto, muy pronto, antes de que los grandes contingentes de seres que han llegado a Marte para refugiarse de los efectos de las bombas de supraneutrinos regresen al planeta Tierra.

Prosiguió:

—Bien, utilice los medios que le hemos proporcionado para ponerse en contacto con nosotros y le prevengo que, lo mismo que si todo sale bien va a tener su premio, la comandancia de la División Cosmonáutica 13, si nos traiciona lo pagará muy caro. Ah, y además le proporcionaremos una muerte desagradable al honorable Groc.

—Lo dice como si hubiera de importarme algo la muerte de Groc.

—¿Y no es así?

—Siempre está amenazando, coronel.

—Somos la fuerza, el poder.

—Sólo faltaría que dijera la ley.

—¿Acaso no? —preguntó el hombre de confianza del general Sartorius.

—No insista en que me lo crea, coronel, perdería el tiempo; estoy abriendo los ojos a la realidad. Cuando andaba de planeta en planeta, de sistema estelar en sistema estelar con mis videocasetes para entretenerme mientras cumplía la contratos de transporte de materias primas o de personal, n< me enteraba demasiado de lo que aquí ocurría, pero, ahora las cosas cambian.

—¿De veras?

—Sí, cambian cuando se toma contacto con un grupo subversivo de saboteadores que sólo tratan de crear el desorden, el caos, el lucro personal, las ambiciones paranoicas.

—No sé si es usted un cínico, Castell, o un tipo peligroso al que sería prudente eliminar para no tener problemas posteriores.

—Ante semejante dilema, si dejarme seguir adelante o desintegrarme, pregúntele a su general Sartorius cuál es la decisión que debe tomar. Por cierto, creí que vivíamos en un sistema constitucional con nuestros derechos a ser juzgados en caso de ser considerados culpables en un tribunal justo con un jurado sacado de entre los ciudadanos por sorteo. No sabía que ustedes tuvieran el poder de eliminar por las buenas, desintegrándole después de torturarlo, a quien mejor les parezca.

—No se comporte como un ingenuo, Castell.

—Está bien, seré un hombre cínico y pragmático, tomaré de la situación lo que me interesa.

—Sirva al gobierno y sus ambiciones serán cumplidas; de lo contrario, no sólo perderá la vida sino que su nombre será aplastado como el de un bandido traidor.

—¿Seguro que me irá bien, que nadie tratará de desintegrarme por la espalda cuando ya los saboteadores del G.R.E. estén detenidos?

—No tema, cumplimos siempre nuestra parte del pacto.

—Eso espero.

Conrad Castell abandonó la prisión de alta seguridad a bordo de

su propio vehículo atom-hover-craft, desplazándose a gran velocidad sin tocar el suelo marciano, a unos setenta centímetros por encima de él gracias a la energía negomagnética antigravitatoria.

Eligió un vial al aire libre y no un túnel. De pronto, sintió nostalgia de la atmósfera pura del planeta Tierra. Ansió encontrarse en un santuario ecológico de Sudamérica, África, Asia o Centroeuropa, cerca de un lago, un río, un mar tranquilo y agradable como el recuperado Mediterráneo.

Sintió nostalgia de un cielo tan azul celeste como el que se podía contemplar en el planeta Tierra y hallarse bien acompañado por una hermosa y joven mujer.

De inmediato, pensó en la doctora Dunia Medas. ¿Qué habría hecho ella durante el tiempo que él había permanecido en la prisión de alta seguridad? No lo sabía, pero suponía que nada importante o quizás sí había encontrado a un hombre con el que poder aparejarse.

Debía dirigirse al cementerio de androides y se dijo a sí mismo que ir directamente sería precipitarse en exceso y llamar la atención. Optó por ir al hotel.

Detuvo su vehículo en el estacionamiento subsolar y en recepción preguntó:

—¿Cuál es la habitación de la doctora Medas?

El jefe de recepción le identificó como al hombre vigilado por la policía de alta seguridad y también como al que había armado la bronca en el restaurante.

—Verá...

—No vacile si no quiere problemas.

—Sí, claro, la habitación trescientos cuarenta y dos.

Pensó que debía avisar a la policía de alta seguridad y a Conrad Castell le importó muy poco que el conserje diera el chivatazo. El coronel debía tener medios muy sofisticados para seguirle la pista porque estaba seguro de que no se fiaba de él, como tampoco Conrad se fiaba del coronel ni de sus secuaces y muchísimo menos del general Sartorius.

Llamó a la puerta de la habitación trescientos cuarenta y dos y aguardó a que la doctora Medas, si estaba en el interior, pudiera verle a través de la pantalla de seguridad. Al fin, se abrió la puerta.

—Adelante.

—¿Estás sola?

—¿Es lo que deseas? —preguntó Dunia con un brillo especial en sus ojos, unos ojos que le miraban de frente.

—Vengo a que me hagas un reconocimiento.

—Creí que estabas bien, te di de alta.

—He pasado por la cárcel de alta seguridad, y pienso que necesito desintoxicarme.

—¿Has salido ahora directamente?

—Sí, por eso he venido aquí. Voy a darme un duchazo con hipomicroondas.

—Eso te dejará como nuevo. ¿Y la ropa?

—¿Puedes pasarla por el lavado instantáneo?

—Sí, claro. Y encima querrás comer, ¿no? —preguntó, irónica.

—Puedes hacer traer una bandeja alimentaria por el conducto automático.

—¿Y qué quieres comer?

—Escoge tú misma, no soy demasiado exigente.

Se desnudó, se metió en el cuarto de aseo de Dunia Medas y cuando abandonó el baño se sentía mucho mejor. Como única ropa, iba envuelto en una toalla de supercelulosa artificial de un solo uso.

Observó que la bandeja con los alimentos estaba llena, predominando las proteínas.

—¿Crees que me voy a comer todo esto?

—¿No te parece bueno?

—Sí, tiene buen aspecto.

—Antes deberás dejar que te inspeccione. Si has salido de la cárcel de alta seguridad puedes haber sufrido algún trastorno.

—Doy fe de que no me han torturado, pero sí pueden haberme lanzado alguna maldición, así es que antes de comer acepto tu observación clínica. Adelante, doctora.

La joven y hermosa Dunia se acercó a Conrad, sólo vestido con la toalla de celulosa, y le tomó el pulso en la muñeca. Después, le miró a los ojos.

—Quieto.

—¿Cómo estoy?

—Con mucha vitalidad.

—¿Se me nota?

—Creo que demasiado —le dijo ella, aplicándole su oído al pecho y conteniendo su propia respiración.

—¿Y el corazón?

—Magnifico. Date la vuelta.

Conrad obedeció y notó que ella aplicaba los labios en diversos puntos de su espalda.

—¿Estás probando la dureza de mis músculos?

—Estás muy bien constituido, como corresponde a un buen cosmonauta. Ahora, será mejor que comas.

—¿Y mi ropa?

—No te preocupes por ella, está en el lavador automático. Dentro de unos minutos estará perfecta para que te la pongas.

—Muy bien, comeré con libertad de movimientos. ¿Y tú?

—Ya he comido, no es bueno hacerlo dos veces. Ah, ahí llega —

señaló el servidor automático que se hallaba en la pared, una compuerta color madera con un piloto luminoso encendido de verde en aquel instante.

Pulsó un botón, se abrió la compuerta y tras ella apareció una botella de champaña.

—¿Qué te parece?

—Magnífico —aprobó Conrad.

—Podremos tomar la copa que nos impidieron beber; por cierto, ¿cuál fue el motivo?

—¿De qué me arrestaran?

—Sí.

—Mi amistad con el honorable Groc.

Conrad comió sin inhibiciones, consumiendo todo el contenido de la bandeja ante la expectación entre sorprendida y admirada de la mujer. Después, brindaron con champaña.

—¿Sólo por ser amigo del honorable Groc te han arrestado?

—Sí, me han hecho muchas preguntas. Creían que era un activista saboteador, enemigo del gobierno.

—¿Y lo eres?

—¿Tú qué crees?

—No sé. —Dunia se encogió de hombros—. Dicen que en la prisión de alta seguridad se suele pasar muy mal.

—Y así es. ¿Tú conoces al honorable Groc?

—Lo he visto alguna vez, de lejos.

—Es un hombre muy inteligente.

—Es lo que se comenta de él, pero no tiene mucha proyección política, quiero decir que no se presenta a las elecciones.

—¿A qué elecciones, si fueron bloqueadas hace demasiados años?

—Es cierto. Bueno, ¿vamos a seguir hablando de política?

—Has sido tú la que ha preguntado.

—Prometo no hacerte preguntas de esa clase en unas cuantas horas.

—Magnífico.

La cogió por la cintura y la acercó hacia su persona. Dunia aceptó esta vez la caricia de los labios del hombre, dejando caer su cuerpo ágil y elástico, bien proporcionado, sin grasa superflua, con las redondeces propias de su sexo, entre los brazos del hombre, segura de que sería bien acogida.

—¿No me tienes miedo?

—¿Por qué habría de tenértelo?

—A lo mejor piensas que en algunas actitudes soy un poco primitivo.

—Eso te da mayor encanto —musitó ella alargando sus manos para coger la cabeza masculina y besarla mientras notaba las manos

de él posándose sobre sus pechos jóvenes, acariciándolos con una suavidad exquisita que la obligó a estremecerse.

Era un cosquilleo de placer que parecía nacer en el centro de los senos y penetraba en su cuerpo extendiéndose en varias direcciones. .

Notó un ligero temblor en sus piernas, un agradable calor ascendente, un no poder abrir los ojos mientras sus labios eran besados con más y más profundidad.

No podía resistir la atracción del hombre y tampoco deseaba resistirse a ella.

La soledad, el champaña, la atracción mutua, todo les unía con más calor, con más vitalidad, con mayor ternura también.

CAPITULO IX

—Todo en perfecto funcionamiento, todo en perfecto funcionamiento —repitió el androide «Gamarús» frente a su propietario Conrad Castell.

—Sígueme.

—Orden recibida, orden recibida.

Subieron al vehículo y partieron con él desde el hotel en dirección al astropuerto. Una vez allí, dentro ya de la cosmonave Senglar-81, ordenó al androide: —Siéntate.

—Orden recibida, orden recibida.

El androide se sentó frente a un teclado y una pantalla.

—Haz las operaciones logarítmicas de las distancias de las coordenadas alfa y beta.

—Orden recibida, orden recibida.

El androide comenzó a teclear y en pantalla fueron apareciendo resultados.

—Bien, haz el ejercicio «y» de autofiabilidad.

«Gamarús» comenzó a teclear realizando un cúmulo de complicadas operaciones. Al fin, apareció un resultado.

—Novecientos noventa y cinco por mil de fiabilidad —leyó Castell —. Algo te falla, «Gamarús».

—Positivo, positivo.

—Veamos.

Desconectó una parte del robot biónico; le levantó el caparazón de la cabeza, inspeccionó su interior y al fin dijo: —Ahí está.

Se alejó. Al poco regresó con unas pinzas y de entre el complicadísimo mecanismo bioelectromecánico del robot extrajo un diminuto artilugio.

—Un chinche espía... Está visto que el coronel no se fía de mí.

No tiró el microespía electrónico. Lo guardó en una cajita acolchada plástica y después recompuso la cabeza de su androide.

—Realiza la nueva comprobación de autofiabilidad «zeta» —le ordenó.

—Orden recibida, orden recibida.

Comenzó a teclear hasta conseguir los resultados y la computadora de a bordo dio la cifra final.

—Fiabilidad mil por mil.

—Magnífico, «Gamarús». Ahora, vámonos de aquí.

Recogió dos fusiles polivalentes que cargó en su vehículo atom-hover-craft a bordo del cual se alejaron del astropuerto. Se dirigieron al área de ocio «Prometeo» y, una vez allí, ordenó a «Gamarús»: —

Cuando veas un androide serie 8N-10, avísame.

—Orden recibida, orden recibida.

Conrad avanzó por aquel macroterrario ecológico enteramente cubierto por una gigantesca bóveda de cristal que dejaba pasar la luz solar. Plantas y árboles crecían allí, la atmósfera era adecuada aunque artificial.

Humedad, aire, temperatura, todo estaba calculado para conseguir un gran jardín de aspecto natural. Cada bungalow era una burbuja independiente y, luego, estaban las áreas de deporte-diversión.

Fue dando vueltas hasta que se pegó a una puerta, llamó y, cuando ésta se abrió, se filtró dentro de ella. Un hombre le observó fijamente.

—¿G.R.E.? —preguntó Conrad.

—Sí —asintió una voz gruesa qué reconoció como una de las voces que le hablaran en la primera, reunión con el grupo de resistencia que capitaneaba el honorable Groc.

—He podido dar el esquinazo a los policías de alta seguridad.

—¿Estás seguro, Castell?

—Sí, creo que sí. Me vigilan todo lo que pueden, me han colocado espías electrónicos en todas partes, pero ya me he liberado de varios de ellos.

—¿Estuviste en la cárcel de alta seguridad?

—Sí.

—¿Viste al honorable Groc?

—Sí.

—¿Cómo está?

—Resiste. Las huellas de las torturas son visibles.

—¿Grave?

—No soy médico, pero aguanta y aguantará si lo sacáis pronto de allí.

—Haremos lo imposible, pero ¿cómo te han dejado salir?

—Muy fácil, me han ofrecido mucho a cambio de algo.

—¿Qué es ese algo?

—¿No lo imagináis?

—¿Delatarnos?

—Exacto; pero, no temas, me estoy jugando el cuello. Ya hablé con el honorable Groc de ello y le dije que tenía que ir a la enfermería de alguna forma.

—¿Lo sabe alguien más?

—No, y supongo que te estarás preguntando si será bueno fiarse de mí. ¿No es cierto?

—Así es, nos jugamos mucho. Una parte importante del grupo puede perder la vida.

—Es un riesgo que tendréis que aceptar. Te diré que entre el honorable Groc y yo tramamos una estratagema.

—¿Cuál?
—¿Conoces el cementerio de androides?
—Sí, claro.
—¿Allí hay un individuo apodado Scorpio?
—Sí. ¿Cómo lo sabes?
—Me lo dijo el honorable Groc.
—Aquél es un refugio nuestro pero ya en desuso por considerarlo peligroso. La policía de alta seguridad ha hecho varios rastreos por aquella zona.
—Ahora saben que voy a ir allá a ponerme en contacto con Scorpio; necesito un poco de colaboración.
—¿Para qué?
—El que me pidió que fuera al cementerio de androides fue el propio honorable Groc. Sabíamos que por medios electrónicos nos estaban escuchando y el honorable Groc pensó que una forma de desviar la atención de la policía de alta seguridad era enviarlos hacia el cementerio de androides. Creerán que pueden atrapar allí a un nutrido grupo de disidentes armados.
—¿Y cuando no encuentren lo que buscan?
—Es lo que estoy pidiéndote, no hay que darles la sensación de que el honorable Groc ha mentido. Debéis darle el mayor realismo a la situación.
—¿Cómo?
—No lo sé, es asunto vuestro. Yo iré a aquel lugar, la policía de alta seguridad me estará vigilando y, si creen que ha llegado el momento de poder atrapar a un grupo de vosotros, tomarán el lugar al asalto.
—Comprendo. ¿Tú podrás comunicarles algo?
—¿Te refieres a la policía de alta seguridad?
—Sí.
—Bueno, me han facilitado un llamador electrónico especial con una frecuencia de onda que estará conectada directamente con el coronel, el hombre de confianza del general Sartorius.
—¿Y quién nos garantiza que no nos traicionarás?
—Yo no me he metido en esto por mí mismo, claro está que he comprobado que tenéis toda la razón y ya soy uno de los vuestros, con todas las consecuencias, pero para poder moverme y salir he tenido que convencer al general de que jugaba con dos barajas; no obstante, sé que él tampoco se fía demasiado de mí, de modo que al final no sé quién será el que me mate por la espalda.
—Está bien: cuando alguien, aunque no le conozcas, te diga «Dino, espera», síguele o haz lo que te pida.
—¿Es una contraseña?
—Sí.

—De acuerdo. Será necesario que pongáis en marcha vuestro plan de rescate cuanto antes. El honorable Groc lo está pasando muy mal.

—Pensamos en ello y el plan está en marcha.

—¿Y las noticias del planeta Tierra?

—Aún no han llegado los informes que deseamos,. los informes que tenemos que lanzar a la opinión pública para que todos los ciudadanos de la federación conozcan la monstruosidad que se ha cometido al eliminar de forma tan criminal a los seres de la tercera edad para que dejaran de ser una carga económica y los beneficios fueran mayores.

Añadió:

—Si no nos traicionas, nosotros no seremos los que te matemos por la espalda, pero corremos un gran riesgo contigo.

—Lo supongo, pero estamos en un momento de apostar fuerte. Si vosotros no conseguís el objetivo de liberar al honorable Groc y denunciar lo ocurrido a la opinión pública mundial, los doce de la Elite con el verdugo general Sartorius a su lado se saldrán con la suya.

—Apostamos fuerte, claro que sí. Te ayudaremos en tu trabajo de doble juego y veremos quién es el que resulta sorprendido al final.

—Seguiré adelante con el plan. Conduciré a los hombres de la policía de alta seguridad hacia el cementerio de androides y así les mantendré distanciados de vosotros para que vuestro plan de rescatar al honorable Groc siga adelante. Espero que no se den cuenta de que les estoy engañando; primero me quitarían la cosmonave y luego me eliminarían cuando me encontraran.

—Sabemos que te lo juegas todo, pero nosotros ya lo hemos hecho. Varios de nosotros estamos siendo perseguidos.

Conrad Castell estrechó la mano de aquel desconocido perteneciente al grupo de resistencia a la Elite de los doce y desapareció de aquel lugar procurando no ser visto. Afuera se reunió con «Gamarús» y le preguntó: —¿Has detectado algún androide BN-IO?

—Sí.

«Gamarús» le condujo hasta donde había uno estacionado, esperando que su propietario pasara a recogerle.

Conrad Castell se acercó a él y lo paró oprimiéndole el botón adecuado. Le abrió la cabeza con un fino láser que llevaba consigo y le metió dentro el chinche espía que habían colocado a «Gamarús» para poderle seguir. Ahora, la policía seguiría y escucharía lo que hiciera aquel otro androide desconocido.

—Vamos, «Gamarús», asunto concluido. Les hemos dado el esquinazo.

CAPITULO X

Una gran verja le cortó el paso, el vehículo que pilotaba Conrad Castell ya no podía continuar. Tocó el claxon para ser oído y aguardó.

—¿Qué te parece, «Gamarús», viene alguien?

Él androide, encarado con las rejas, permaneció unos instantes silencioso, como inspeccionando. AI fin, dijo:

—Negativo, negativo.

—Entonces, habrá que buscar la forma de entrar. Toma, «Gamarús».

—Esto es un fusil polivalente modelo...

—Basta, basta, no me digas qué modelo es.

—Orden recibida, orden recibida.

—Utilízalo, estás programado para ello. Si alguien me ataca, le disparas a él. ¿Comprendido?

—Positivo, positivo.

—Bien, así nadie me cogerá por la espalda. Estacionaremos el vehículo junto a la pared y seguiremos a pie. Tú tratarás de confundirte un poco con la chatarra.

—Negativo, negativo.

—He dicho que te confundirás con la chatarra para no ser fácilmente identificado. ¿De acuerdo?

—Positivo, positivo.

—Bien, no quiero más discusiones.

—Orden recibida, orden recibida.

Salieron del vehículo. Conrad Castell movió su fusil de forma que pudiese disparar el rayo hipercalorífico y con él cortó las rejas suficientes para poder pasar al interior del cementerio de androides.

Al aire libre, lleno del polvo que transportaban las terribles tormentas marcianas, se hallaban los androides convertidos en chatarra, dejando escapar muelles y cables por sus caparazones de metal, plástico y cristal.

—Estos ya no sirven ni para piezas de repuesto —opinó Castell.

—Positivo, positivo.

—En eso te vas a convertir si te portas mal, «Gamarús» —le vaticinó Castell sin dejar de caminar entre los montones de androides inservibles, lanzados allí como un gran basurero de robots.

—Negativo, negativo.

—Eso te lo crees tú.

—Ser humano polvo eres, polvo te convertirás; ser humano polvo eres, polvo te convertirás.

—Conque replicando, ¿eh?

—Negativo, negativo.

—Voy a tener que ajustarte los transistores y cualquiera diría que tienes la pila en baja forma.

Llegaron a una especie de gran almacén. Castell vestía el traje de semisupervivencía, mucho más liviano que el espacial, pero poseía los cartuchos de compensación de oxígeno que se mezclaba con el aire marciano para hacerlo respirable.

La puerta grande del almacén se abrió gracias a un resorte eléctrico, era metálica y pesada.

Dentro del recinto, las luces se hallaban encendidas, aunque no había gran luminosidad. Allí también se amontonaban androides en desuso, algunos embalados con plástico, otros con cartón, otros dentro de cajas y la mayoría simplemente amontonados.

—Fíjate, «Gamarús», a tu derecha hay unos cuantos que se parecen a ti, son de tu misma serie.

—Positivo, positivo.

—Ve hacia allí y reúnete con ellos.

—Negativo, negativo —replicó el robot casi con vivacidad.

—No temas, no te ordeno que vayas al desguace, sólo quiero que te confundas con ellos y estés atento. Si ocurre algo, ya sabes, emplea el fusil.

—Orden recibida, orden recibida.

«Gamarús» se fue con los robots en desuso de su misma serie, ya inservibles. El, de tener espíritu, podría haberse sentido orgulloso, pues aunque salido de la serie, no era como los que allí estaban, tenía modificaciones especiales que le convertían en muy superior.

—Scorpio, Scorpio, ¿estás ahí?

No hubo respuesta. Conrad Castell conectó el amplificador megafónico incorporado a su casco y gritó de nuevo:

—¿Scorpio, Scorpio? ¿Estás ahí?

—¿Quién eres? —preguntó una voz cavernosa que resonó en todo el almacén y por tanto resultaba imposible saber de qué lugar procedía.

—Me llamo Conrad Castell.

—Eso no me dice nada —replicó la voz cavernosa del supuesto Scorpio.

—Me envía el honorable Groc.

—¡Mentira!

—No; cuando puedas verme, dímelo aunque yo no te vea y te daré la contraseña.

Se produjo un silencio largo, desesperante. Al fin, se escuchó de nuevo la voz cavernosa.

—Dame la contraseña.

Castell dibujó en el aire con su mano una circunferencia grande

que luego cortó con una diagonal. Aguardó y oyó mido de chatarra que caía. Al fin, por entre unas cajas, apareció un ser humano con traje de semi-supervivencia.

Era un hombre extraordinariamente alto.

El color de su traje era negro y a través de la gran mirilla de su casco sólo se veía pelo, mucho pelo negro y dos ojos que brillaban. Supuso que debía ser un mutado con hiperpilosidad.

—Castell, si me has mentido te convertiré en plasma cósmico.

—¿Por qué habría de mentirte?

—Para que la policía de alta seguridad caiga sobre mí.

Castell se preguntó si aquel individuo apodado Scorpio sería de fiar. Era un gigantón, demasiado grande para no ser un perturbado de hipófisis con hipercrecimiento, quizá por fallo cromosómico, quien sabía.

Castell tenía un fusil polivalente, pero no deseaba verse obligado a emplearlo contra aquel hombre, también amigo del honorable Groc.

—¿Qué quieres?

—El honorable Groc me ha dicho que aquí encontraría amigos.

—¿Amigas? —Quedó como perplejo y alzó sus manos, señalando a los androides para el desguace—, ¡Esos son tus amigos!

Se echó a reír con una risa que retumbaba en todo el almacén, era una risa zafia, hiriente incluso. Conrad Castell no estaba dispuesto a dejarse influir por aquella ironía tan burda.

—¿Aquí se reúnen los miembros del grupo de resistencia a la Elite de los doce?

—¿Quieres formar parte de ellos?

—Sí.

—¡Mientes, eres un traidor!

—No seas estúpido.

—¿Te atreves a insultarme? —silabeó, amenazante.

—El honorable Groc no me advirtió que me encontraría con un gorila gigante, con menos sesos que un primate.

—¿Qué sucede? —preguntó una voz distinta, una voz que Castell no reconoció.

Se volvieron hacia la puerta y vieron avanzar a un grupo de hombres con trajes de semi-supervivencia. Los cascos llevaban cristales su per polarizados que impedían ver las caras.

—Bueno, veo que no estamos solos.

—Dame tu fusil —ordenó Scorpio.

—Ni lo pienses.

—Si intentas algo, te destrozaré aunque sea con mis manos.

—Supongo que podrías hacerlo —dijo Castell— estarás acostumbrado a romper androides y muchos de ellos son más metálicos que de plástico.

La docena de hombres se internó en el almacén avanzando hacia ellos. Al fin, se detuvieron y el que se adelantó entre los demás preguntó: —¿Qué has venido a buscar aquí?

—¿No os lo han dicho?

—No. ¿Por qué has venido?

—Me lo ha pedido el honorable Groc.

—Mientes —masculló el sujeto que se escondía tras el cristal superpolarizado.

—Ya estoy harto de idioteces, no miento.

—El honorable Groc está en la cárcel de alta seguridad.

—Allí he estado yo también, en la misma celda que él.

—De la cárcel de alta seguridad no escapa nadie.

—Yo tampoco me he escapado, me han dejado ir.

—Entonces, es que eres uno de los perros del general Sartorius.

Mientras hablaban, varios grupos de fuerzas especiales de la policía de alta seguridad llegaron en vehículos voladores de gran velocidad.

Acordonaron el almacén y saltaron de inmediato al suelo. Iban provistos de automonocohetes y salían volando de los vehículos que no se habían posado en el suelo. Cercaron el almacén, copando ventanas y puertas.

—Atención, atención, somos la policía de alta seguridad… Salgan todos despacio, sin armas y con las manos en alto.

—¡Traición! —gritó Scorpio.

Castell, preparando su fusil para defenderse, gruñó:

—No entiendo nada.

Uno de los supuestos hombres del grupo disparó contra los agentes del general Sartorius. De inmediato, se estableció una auténtica batalla. Los rayos intermitentes iban destrozándolo todo, tumbando a unos y otros.

Castell vio desaparecer entre llamas a varios agentes de alta seguridad y la sorpresa que se llevó fue grande cuando descubrió que uno de los miembros del grupo de resistencia que caía era sólo un androide.

—¡Sígueme! —le pidió Scorpio.

—¡«Gamarús», ven!

—Orden recibida, orden recibida.

El robot salió rápidamente mientras el grupo de androides que habían simulado ser un grupo disidente, se enfrentaba a la policía de alta seguridad. La batalla era encarnizada.

Saltaron por aquel laberinto de cajones y chatarra. Vieron un agujero, una especie de compuerta y Scorpio exclamó: —¡Pasad!

Castell se introdujo por el hueco y tras él avanzó «Gamarús» y luego Scorpio mientras el fuego se propagaba por el almacén y caían

hombres y androides en medio de llamaradas que incineraban casi instantáneamente por su elevado poder térmico.

Scorpio movió un burdo resorte pero que resulto efectivo y cayeron cajas y chatarra sobre aquel, lugar, ocultándoles por completo.

—¡Vamos! —pidió Scorpio, huyendo por el túnel que se hundía en el subsuelo en forma de espiral.

Llegaron a una especie de habitación, no mayor de treinta metros cuadrados. Allí había un vehículo cilíndrico con proa cónica que semejaba aguardarles.

—¡Adentro!

—Un momento —pidió Scorpio.

Aquel extraño individuo peludo sacó del vehículo una caja con un mando controlador que hizo girar y comenzó a sonar el amenazador tic-tac.

—¿Una bomba?

—Sí —asintió Scorpio, dejándola detrás del vehículo. Luego, subió al mismo y lo puso en marcha.

Parecía que el túnel por el que se introdujeron había sido perforado con las medidas exactas para que pasara aquel* vehículo sin ruedas que casi rozaba las paredes.

Dejaron atrás la pequeña sala donde estuviera estacionado.

La velocidad de fuga era grande; la bomba quedaba atrás mientras arriba en el almacén la policía de alta seguridad terminaba con los androides programados para la autodefensa.

—¿Cómo me ha hablado uno de ellos? —quiso saber Castell.

Después de reírse, Scorpio aclaró:

—Por un emisor, te hablaban desde nuestro cuartel general. Sabíamos que la policía iría tras de ti y que asaltarían el almacén. Les hemos preparado un buen recibimiento. Sin duda terminarán con los androides, pero no habrán podido matar a ninguno de los nuestros.

—¿No os fiabais de mí?

—Sí, pero no de la policía de alta seguridad, tiene muchos medios para seguir a sus víctimas, por eso nosotros nos desplazamos por los túneles del subsuelo.

En aquel momento, el vehículo tembló. Un fragor de trueno se desplazó por la galería del subsuelo marciano.

—¿La bomba?

—Sí. El túnel quedará cegado totalmente en un radio de un kilómetro por lo menos. No podrán seguirnos y parte del almacén se hundirá sobre ellos.

—Bien, por lo menos me han perdido la pista. Por cierto, arriba has conseguido engañarme con tu actitud.

—He sido avisado de que llegarías y habíamos trazado el plan. Por

si había algún escucha electrónico, me he comportado como si no supiera nada y no me fiara de ti. Todo ha ido bien.

—Menos mal. Oye, Scorpio, ¿este túnel no se estrechará en alguna parte y nos quedaremos atascados como un tapón?

—No lo creo; de todos modos, llevamos un cañón láser para abrirnos paso si nos hiciese falta.

—El coronel se estará dando a todos los diablos galácticos —rezongó Conrad Castell.

CAPITULO XI

Tras recorrer gran cantidad de kilómetros por el subsuelo marciano, el vehículo llegó a una sala amplia donde había otros vehículos y unas puertas metálicas que cerraban el paso a otras galerías.

Scorpio le pidió:

—Sígueme. Al androide puedes dejarlo aquí.

—Ya lo has oído, «Gamarús», quédate aquí.

—Orden recibida, orden recibida.

Pasaron al otro lado de las puertas metálicas que se abrieron automáticamente, como si les estuvieran esperando.

Recorrieron unas cortas galerías y desembocaron en una gran sala. Conrad Castell observó que allí había más gente, hombres y mujeres, de lo que cabía suponer.

Había ajetreo, paneles de control, terminales de computadora. Había montado un verdadero equipo de control a distancia y ordenación de datos.

Aquello no era un grupito de saboteadores como decía el coronel, aquello era un gran equipo de personas entregadas a su labor, que sabían lo que debían hacer y lo que arriesgaban.

—¿Sorprendido? —preguntó Scorpio.

—Un poco —admitió Castell.

—El general Sartorius sospecha que estamos en esta fase de desarrollo, por eso está furioso. Ve que avanzamos y que no consigue desarticularnos.

—Sí, ya veo. No sospechaba que el movimiento de resistencia contra la Elite de los doce estuviera tan bien equipado. He pasado mucho tiempo en viajes interestelares y no sabía cómo iban las cosas por la Tierra y Marte.

—En la Luna también tenemos nuestro grupo.

Le pasó a otra sala más pequeña. Allí estaba la mesa pantalla y en torno a la misma, los hombres cubiertos con los yelmos de cristales superpolarizados que ocultaban sus rostros.

—Bienvenido, Castell —le saludó uno de ellos, cuando ya todos se habían vuelto hacia él.

—Un momento... ¿Cómo puedo saber que todos ustedes no son androides como los que estaban en el almacén y sí seres humanos terrícolas? El aspecto externo es el mismo y hace un rato han conseguido engañarme.

El hombre de la voz gruesa se quitó el yelmo y pudo ver un rostro sereno, enjuto, de facciones nobles.

—¿Vale así?

—Sí.

Los demás también se fueron quitando los yelmos. Allí dentro poseían atmósfera artificial adecuada para poder respirar sin problemas.

De pronto, ante uno de aquellos rostros, quedó vivamente asombrado.

—¡Dunia!

—Sí, Conrad, yo también pertenezco al grupo de resistencia contra la Elite.

—No lo había sospechado.

—No podíamos dejar que lo sospecharas, máxime poniéndote en manos de la policía de alta seguridad que tenía la posibilidad de torturarte para obtener informes de ti. Arriba hemos de ser anónimos, totalmente secretos; si se nos identifica, es nuestra perdición.

— Ahora que nos hemos visto las caras, hablemos de lo que interesa —dijo el hombre del rostro sereno. No se habían mencionado nombres, aunque llevaban consigo unas letras y unos guarismos para identificarse entre ellos.

—Estoy atento. Por cierto, les han dado un buen disgusto a los hombres del coronel en el almacén de chatarra de androides.

—Estaba todo previsto después de que nos confesó lo que iba a hacer.

—En realidad, lo preparó el mismísimo honorable Groc.

—Ahora, vayamos al grano. Hemos recibido los datos de nuestros hombres del planeta Tierra.

—¿Los tiene aquí? —preguntó Castell.

El que parecía jefe del grupo encendió la mesa-pantalla y apareció el mapa de Europa.

—Tenemos los mapas por continentes de las áreas afectadas por la explosión de los silos de bombas de supraneutrinos.

Las manchas rojas cubrían zonas muy concretas del mapa.

—¿Esas son exactamente las áreas afectadas? —inquirió Castell.

—Sí —le respondieron—. Fíjese, en cada área roja hay varias residencias de ancianos.

Fueron mirando mapa tras mapa y Castell tuvo que admitir:

—Es cierto. Curiosamente, todos los silos de bombas de supraneutrinos estaban colocados muy cerca de las grandes residencias y lugares de ocio para la tercera edad.

—Curiosamente, no —le objetó Dunia Medas—. Fueron construidos a propósito secretamente, Un día u otro tenían que hacerse estallar.

—Todos los silos estaban unidos al mismo ordenador controlador de disparo. Si fallaba este ordenador, y «fallar» es un eufemismo,

todos los silos estallaban. No había derrumbes, no había destrucciones de edificios, pero los supraneutrinos se desparramaban en zonas concretas y segaban todas las vidas humanas como estaba programado.

—¿Y los demás ciudadanos, jóvenes y niños, futuros trabajadores del mañana? —preguntó Castell.

— En el momento que tenían previsto para el monstruoso asesinato de los ancianos ya no productivos y sí costosos de mantener, habían previsto unas grandes maniobras antiinvasión. Todas las fuerzas milicianas salieron al espacio y los civiles subieron a las cosmonaves siendo transportados al espacio. Los que no cabían, se metieron en refugios de alta seguridad.

—¿Y a los ancianos no se les avisó?

—Se les pasó notificación por las pantallas, indicándoles que eran maniobras preventivas y de entrenamiento antiinvasión extraterrestre, pero que a ellos no se les molestaba para no perturbarles; que permanecieran tranquilos, que les pasarían programas especiales de diversión por las pantallas murales. Suponemos que murieron mientras veían su programa favorito. Los supraneutrinos los mataron a traición, sin ningún ruido especial. La muerte les envolvió sin posibilidad de escape. Esa fue la gran obra del general Sartorius, el verdugo elegido por la Elite de los doce, los verdaderos dictadores en las sombras.

—Es terriblemente monstruoso eliminar a una tercera parte de la humanidad terrícola para que los ingresos superen en mucho a los gastos; no lo hubiera sospechado jamás —confesó Castell, abrumado.

—Lo hecho, ya no tiene remedio —sentenció el jefe del grupo de resistencia—. Ahora, ha llegado el momento de luchar.

—¿Cómo van a luchar contra las fuerzas milicianas que controla el general Sartorius? Además, por si faltara poco, está la policía de alta seguridad.

—Tenemos infiltrados en todas partes y hay algo importante.

—¿Muy importante? —inquirió Castell.

—Sí: estamos justo debajo de la vertical del astropuerto.

—No lo hubiera supuesto —admitió Castell.

—Estamos a la profundidad suficiente para no ser detectados. Por supuesto, tenemos galerías de acceso hacia arriba debidamente camufladas, galerías que se distribuyen a otros lugares del planeta y que se introducen en la metrópoli colonia Cero.

—Han debido hacer una auténtica labor de hormiga bajo el suelo marciano —observó Castell.

—No nos quedaba otro remedio; por supuesto, también tenemos galerías de este tipo en el planeta Tierra dentro de las cuales se están moviendo nuestros hombres. No somos cuatro gatos como suele

decirse, somos ya un verdadero ejército en el subsuelo, preparado para subir, y, en este caso concreto, para tomar las astronaves que hay arriba y utilizarlas para atacar los cuarteles claves de la policía de alta seguridad. En cuanto a la milicia oficial y regular, estamos seguros de que se pondrá de nuestro lado cuando proclamemos la verdad a la opinión pública.

—¿De veras tienen acceso a las astronaves?

—Sí.

—¿Con cosmonautas preparados para utilizar cosmonaves milicianas de combate?

—Sí.

—Tienen una resistencia bien montada, pero...

—¿No cree que podamos contra las fuerzas del general Sartorius?

—Haciendo comparaciones con nuestros animales terrícolas, son como la hormiga y el elefante.

—Es posible, pero la sorpresa está de nuestro lado. Ellos no saben por dónde vamos a atacar.

—Aun así, la hormiga, al elefante, no le hace ni cosquillas.

Dunia Medas intervino para observar:

—De momento, al elefante ya lo hemos irritado.

—Esperemos que no sospechen dónde se encuentra esta base de coordinación del grupo de resistencia, porque en pocos minutos van a introducir una superbomba perforante hipertérmica y vamos a salir todos hacia arriba, convertidos en fuego líquido, como un volcán escupiendo lava.

—No pretendemos ignorar el poder de las milicias de nuestra federación —le dijo el jefe—, pero venceremos a los que utilizan la milicia que no es de ellos sino de todos nosotros. La milicia es del pueblo, no de unos cuantos que la utilizan en beneficio propio para aplastar a los que con su trabajo sufragan a esa misma milicia.

—Bien, adelante, estoy con vosotros, para bien y para mal.

—Lo sabemos. Castell. —Miró el reloj y añadió—: Dentro de siete horas comenzaremos la operación rescate.

—¿Se refiere al honorable Groc?

—Sí.

—Me gustaría participar en el grupo de cabeza en ese rescate.

—Tendrá su puesto, Castell.

—Si hay que morir en esta lucha por la libertad y el castigo contra los monstruos sin conciencia, quiero, ser de los primeros.

Todos miraron con fraternidad a Conrad Castell.

Se había integrado tarde a su grupo, pero lo hacía de forma plena y con total entrega, sin miedo a la muerte.

CAPITULO XII

El honorable Groc era un hombre excepcional, con más años sobre sus huesos de los que su físico aparentaba. Siempre había sido un hombre crítico, desde antes de la macroguerra donde tanto y tanto daño se había hecho y de la que surgiera la Federación.

El honorable Groc siempre había sabido ver dónde se ocultaba el poder en las sombras, la Elite que movía los hilos del gobierno y los despachos de las altas jerarquías de la milicia compuesta por fuerzas terrestres, fuerzas aéreas, fuerzas navales y las más importantes: las fuerzas cosmonáuticas.

El honorable Groc había bebido en las fuentes de las culturas más antiguas y más nobles. Había purificado su cuerpo que había aprendido a autocontrolar como nadie.

Era maestro en el humanismo, en la ironía socrática, en el ascetismo gandhiniano, era mucho más, y por ello le habían dado el tratamiento de honorable. En realidad, aquel tratamiento había partido de la dirección de una asociación humanística que el general Sartorius se había encargado de desmontar por considerarla peligrosa.

El honorable Groc se tendió en el suelo de la celda en la que estaba acompañado por otros dos reclusos nuevos. Sospechaba que uno de ellos era un policía de alta seguridad, disfrazado de preso para vigilarle más de cerca y sonsacarlo si llegaba la ocasión.

Ante ellos, cerró los ojos y lo que hizo no podían sospecharlo aquellos hombres.

Se mentalizó fijando la vista en un punto imaginario pese a tener los párpados cerrados y comenzó su concentración. Sabía que el derrumbe físico por ayuno era muy largo y optó por una auto-hibernación.

Comenzó a hacer más lenta su respiración. El proceso podía durar varias horas y el resultado final debía parecerse a la catalepsia.

Una vez fue rebajando su respiración hasta conseguir que sus pulmones apenas se movieran para aspirar y espirar el aire, imprescindible para la vida de su cuerpo, comenzó a disminuir lenta, muy lenta pero progresivamente, los latidos de su corazón.

—Eh, viejo, ¿qué le pasa? —preguntó uno de los reclusos al ver que no se movía del suelo, en vez de yacer en la litera.

—Parece que lo han apaleado tanto que se ha vuelto loco —observó el otro.

—Sí, está bastante magullado, pero...

—A más de uno lo revientan por dentro con palizas y luego se mueren.

—¿Y le vamos a dejar morir?

—No es cosa mía —gruñó el que se hallaba tendido en una de las literas mientras su compañero permanecía de pie junto al yacente honorable Groc.

—He oído decir que a este viejo nadie puede hacerle hablar. Son inútiles las drogas, los electrodos cerebrales, los ultrasonidos y hasta las más humillantes y vejatorias palizas.

—¿Por qué no llamamos a la guardia?

—Mejor dejarlo, los guardias tienen mala uva por aquí.

—¿Y si se muere?

—Mejor para él.

El recluso se inclinó sobre el anciano; le pareció que apenas respiraba y que el pulso era muy bajo.

—¡Guardias, guardias! —comenzó a gritar, aporreando la puerta.

No tardaron en presentarse dos vigilantes armados.

—¿Qué pasa?

—¡El viejo parece que se muere! —exclamó, señalándole.

Uno de los vigilantes se inclinó sobre el honorable Groc y lo auscultó mientras el otro se mantenía alerta.

—Sí, parece que está mal —admitió y sacando un emisor de su bolsillo, llamó por él—. Atención, galería «N» celda veinticuatro, un recluso está grave. Una camilla ahora mismo.

—En seguida —respondieron desde el otro lado del emisor.

No tardó en presentarse una camilla guiada por un solo vigilante. Subieron al honorable Groc a la misma y abandonaron la celda.

—Rápido, a la enfermería.

El honorable Groc fue conducido a la enfermería por galerías y ascensores.

Allí había varios reclusos internados, todos ellos con grilletes electrónicos para evitar posibles intentos de fuga, pese a que resultaba imposible salir de allí.

La prisión de alta seguridad se hallaba en el subsuelo marciano y tenía un grosor de hormigón armado demasiado importante para poder atravesarlo.

Carecía de ventanas al exterior, lo que provocaba no pocos problemas psíquicos a muchos de los reclusos, incluso a los guardianes.

Había agujeros de respiración; el aire se bombeaba por ellos, nutriéndolos, y luego el aire enrarecido se aspiraba para ser expulsado fuera de la prisión por una chimenea adecuada.

Un equipo médico se ocupó de inmediato del honorable Groc. Sabían que aquél era un hombre importante para las autoridades y que su muerte ocasionaría serios disgustos a todos los que pudieran ser culpables. Por ello, en las sesiones de tortura para obligarle a

delatar a quienes constituían el grupo de resistencia a la Elite, se había tenido buen cuidado de no llegar a límites peligrosos que pudieran causarle la muerte.

Alertado por lo que ocurría, llegó el coronel comandante en jefe de la policía de alta seguridad en Marte.

—¿Cómo está?

—No tenemos todos los datos, pero parece que ha tenido un bajón cardíaco y respiratorio.

—Mucho cuidado con él, este viejo es más astuto de lo que se puede imaginar.

Después de mirar el gráfico cardiaco, el médico dijo:

—No se trata de astucia, coronel; se trata de que su corazón late a veinte pulsaciones por minuto y eso es muy anormal. Su respiración es demasiado baja y cualquiera podría decir que su vida se está acabando.

—¿No podría tratarse de un truco? —gruñó el coronel.

—¿Truco? —repitió el médico, educado en la ciencia racional y exacta—. Si el diagnóstico tuviera que darlo por el oído o el tacto de mis dedos, podría llegar a admitir que existe un error, pero los medidores, tanto cardíacos, como respiratorios y los controladores de oxigeno y nitrógeno en sangre indican claramente que este hombre se muere, lentamente pero se muere.

—¿De qué?

—Me temo que eso sólo lo sabremos en la autopsia.

—¿Autopsia, qué estupidez está diciendo? ¡Este hombre no puede morir, precisamente ahora que ha llegado el general Sartorius!

—¿El general Sartorius? —Todos los presentes quedaron en suspenso—. Pero, ¿va a venir a la prisión? —insistió el médico.

—Sí, seguro que vendrá y si el honorable Groc muere, usted ya puede ir escogiendo la mejor celda para pasarse en ella lo que le resta de vida.

—Yo hago lo que permite la ciencia.

—Haga más.

Puede ser peligroso. Este hombre ha sido torturado psíquica y físicamente, puede tener lesiones internas.

—No me dé explicaciones, reanímelo. No puede morirse, el general Sartorius quiere interrogarle personalmente. El honorable Groc es muy importante, el cabecilla de los saboteadores rebeldes. Posiblemente sólo él conoce todos los nombres del G.R.E., a todo su sistema.

—Voy a estimularlo eléctricamente; si no lo consigo, lo intentaré químicamente.

—Quiero resultados —exigió el coronel de la policía de alta seguridad.

El médico se puso al trabajo, ayudado de inmediato por sus colaboradores.

Nadie podía fallar, todos conocían la intolerancia, el modo de ser siniestro y despiadado del general Sartorius que no perdonaba ningún fallo ni desliz.

—Empezaremos con veinte voltios —ordenó el médico.

Abrieron las ropas que ocultaban el pecho del honorable Groc y por entre las costillas, justo encima del corazón,, hundieron una aguja electrodo. Una pantalla les indicó que habían llegado a la superficie del corazón.

—Ahora.

El pecho del anciano se movió y el gráfico videocinético osciló, mas volvió a su ritmo anterior.

—¿Qué sucede?

—Necesita más energía.

—Reactívelo, pero no lo mate.

—No, claro que no.

El voltaje fue subiendo y el honorable Groc recibiendo las sacudidas eléctricas que se acusaban, no sólo en su cuerpo, si no en el gráfico correspondiente.

—Es rebelde a la reanimación —observó el médico.

—¿Y si estimularan su cerebro al mismo tiempo que el corazón?

—Es muy peligroso.

—¿Qué riesgo de muerte existe?

—En un voltaje superior, calcule un cincuenta por ciento de posibilidades de muerte debido a lo que su cuerpo ha sufrido ya.

—Siga adelante con el plan combinado.

—Es un riesgo —insistió el médico.

—Está bien, bajo mi responsabilidad —dijo el coronel.

—De acuerdo.

Le colocaron los electrodos en el cráneo, el honorable Groc no tardó en estar lleno de cables. El médico de la enfermería de alta seguridad quiso asegurarse de que el paciente no iba a morir y muchísimo menos con la inminente visita del temible general Sartorius y garantizó las constantes vitales con los controles.

El cuerpo del honorable Groc se convulsionó pese a que se hallaba sujeto con correas. Sus párpados se abrieron como activados por resortes mecánicos, las orejas le vibraron y los cabellos llegaron a erizársele mientras una mueca de dolor desencajaba sus mandíbulas.

Era la lucha de su determinación de hibernarse hasta una simulada catalepsia contra la ciencia más sofisticada que le exigía que se reavivara.

El médico y sus ayudantes vigilaban atentamente los controles mientras efectuaban las descargas eléctricas.

—¡Al fin! —exclamó el médico.

—¿Como están las constantes vitales? —preguntó el coronel.

—Mejoran.

—¿Se salvará?

—Si no ocurre ningún imprevisto, sí.

El honorable Groc había quedado con los ojos totalmente abiertos y el rostro desencajado, parecía un animal ferozmente herido y atacado.

En aquel instante, sonó un pitido en el llamador del coronel. Este pulsó un resorte y escuchó sin hablar; varios pitidos en forma de clave sonaron dentro de la enfermería.

—El general Sartorius me reclama —dijo con cierto orgullo—. No quiero que aquí se vea una sola mota de polvo. Todo en orden, todo en orden —repitió, y se alejó con la escolta que le acompañaba a todas partes, siempre bien armada.

CAPITULO XIII

—¿Qué te parece todo?

—Estoy sorprendido.

—No es un hotel —dijo Dunia Medas que actuaba como guía de Conrad Castell por aquel nidal de resistentes a la Elite de los Doce.

—Es más que suficiente; os habéis preparado aquí debajo como para resistir mucho tiempo.

—Ese es nuestro propósito si las cosas fallan. Por otra parte, los que tenemos noticia de que han sido identificados, ya se quedan aquí abajo.

—¿Y cómo salió el honorable Groc, sabiendo que le perseguían?

—Se aventuró demasiado. Sabía que su popularidad era mundial y pensó que no se atreverían a ponerle las manos encima.

—Se equivocó.

—Sí, debían estar nerviosos después de la monstruosidad que acababan de cometer.

—Estaréis trabajando desde hace tiempo.

—Sí, pero ahora es el momento de la batalla. O les atacamos o nos aplastan. Ellos creen que teniendo al honorable Groc en su poder lograrán desarticularnos y hacernos desaparecer. Tenemos noticias de que el mismísimo general Sartorius ha llegado a Marte, a la colonia Cero.

—¿Le atacaremos?

—Si se puede, naturalmente que sí. Lo mejor sería hacerle prisionero y que algún día pudiera ser juzgado por la humanidad entera.

—¿Y los doce de la Elite?

—Tenemos sus nombres, sus fotografías; son el poder en las sombras, pero no escaparán. Ellos amontonan toneladas y toneladas de metales preciosos, de gemas, de todo lo que puede considerarse un valor eterno.

—¿Y dónde almacenan todo eso?

—En el planeta Tierra, en lugares muy secretos pero que serán descubiertos. Es más, poseemos códigos en clave descifrados de los que ellos utilizan. Nuestra fuerza radica en que tenemos a valerosos luchadores en todas partes. Cuando nuestro mensaje salte a las ondas y a los cables, saldrá por todos los televisores, lo mismo de la Tierra que de la Luna, Marte, los satélites de Júpiter, las estaciones espaciales o las cosmonaves en viaje. Habrá una señal clave que todos los que luchemos captaremos y los que estén trabajando en los emisores pondrán en marcha los aparatos para que nuestro mensaje

salga al aire y queden anulados los demás.

—¿De veras tenéis miembros del grupo de resistencia a la Elite de los doce en todas las televisiones y repetidores?

—Sí, comprobado.

—Si se consigue, el general Sartorius se va a llevar una verdadera sorpresa.

—No te quepa ninguna duda. Ahora es el momento más propicio para pedir a toda la humanidad que se ponga de nuestro lado en contra de los títeres de la Elite de los doce. Sabemos que la milicia también se pondrá de nuestro lado.

—¿Y la policía de alta seguridad que formó el mismísimo general Sartorius?

—Ahí no tenemos nada que hacer; o se rinde o la aplastaremos.

—No será tan fácil.

Conrad Castell miró a su alrededor. Estaban solos en aquella especie de celda-dormitorio, con lo justo para sobrevivir, sin puerta siquiera, y la cogió por la cintura, besándola en la boca.

—Por favor, Conrad, nos pueden sorprender.

—¿Y te importaría?

—No, pero...

Volvió a besarla y ella se entregó a la caricia.

—Conrad, Conrad, te amo, te amo, y quizás dentro de unas horas seamos sólo cenizas.

—Vivamos con toda intensidad estos momentos.

—No puede ser, Conrad, no puede ser.

Sonó una chicharra de aviso mientras la pareja se besaba profundamente.

—Conrad, Conrad, nos llaman.

—¿A nosotros?

—Sí, a nosotros.

—¿Ahora?

—Sí, sí. Yo, como tú, desearía quedarme aquí, aislarme del mundo, pero la obligación...

—Tienes razón, vamos —le dijo, cogiéndola de la mano.

Llegaron a la sala de vehículos donde les aguardaban varios hombres armados. Allí estaba el jefe en ausencia del honorable Groc.

—Vamos a iniciar el asalto —les dijo con gravedad.

—¿Adónde? —preguntó Conrad.

—A la prisión de alta seguridad.

—¿Para liberar al honorable Groc?

—Sí.

—Si no habrá tenido tiempo de causar efecto el ayuno que se le recomendó...

—Da lo mismo, lo buscaremos donde se encuentre, hay que darse

prisa. Hemos recibido noticias de que el general Sartorius, con su superescolta, se dirige a la prisión de alta seguridad.

—¿Quieren atacarle?

—Se hará lo que se pueda —le respondieron.

—¿Cómo entrarán en la prisión?

—Tenemos un supertopo hipersilencioso atómico ya a pocos metros del área de la enfermería de la cárcel de alta seguridad. Hemos estado trabajando en el subsuelo con mucho cuidado y meticulosidad; tenemos los mejores ingenieros con nosotros y la perforación de la galería, por ahora, ha sido buena.

—¿Un supertopo hipersilencioso, dice?

—Sí, tenemos varios supertopos de diversos diámetros de perforación.

—Ahora comprendo cómo tienen tantas galerías en el subsuelo.

—Era nuestra única posibilidad para escapar a los continuos rastreos de la policía de alta seguridad. Ahora, ¡adentro!

Entraron en el vehículo, se cerraron las puertas y el comando de guerrilleros de la resistencia contra los asesinos de los ancianos avanzó rápidamente por el largo túnel que les conducía hasta muy cerca de la prisión de alta seguridad; allí, el topo atómico hipersilencioso trabajaba perforando los muros de hormigón de gran espesor que pese a estar armados con acero no serían obstáculo para aquella poderosísima máquina.

CAPITULO XIV

El general Sartorius hablaba poco. Su gesto era hosco: «cara de perro» le llamaban algunos, por lo bajo.

En torno a él, un nutrido grupo de guardias seleccionadísimos y adictos a su persona, bien pertrechados de armas para defenderle contra cualquier ataque.

El general Sartorius no se fiaba de nadie, sabía que provocaba muchos odios a causa de sus actuaciones, tan despóticas como criminales.

—¡Vamos! —ordenó al coronel jefe de la policía de alta seguridad en Marte.

Los vehículos se pusieron en marcha; abandonaron el cuartel general de la policía de alta seguridad y avanzaron por las planicies del suelo marciano.

Entraron en un área donde unos grandes letreros que podían verse de día y de noche advertían que estaba prohibido internarse por aquellos lugares con peligro de muerte.

A simple vista no se veía nada, pero se desplazó un gran pedazo de suelo que resultó una puerta corredera y dejó al descubierto un amplio hueco con una rampa descendente, apta para vehículos grandes.

Por aquella rampa se introdujeron en el subsuelo marciano.

Cuando los vehículos hubieron desaparecido, la gran compuerta volvió a cerrarse, ocultando la entrada a la prisión de alta seguridad.

Al llegar al estacionamiento, salieron de los vehículos tres docenas de policías de alta seguridad, equipados con las más costosas y modernas armas de asalto.

Un vehículo pequeño, conducido por un vigilante, se acercó al general y al coronel; éstos se acomodaron en él para ser llevados por las galerías de la prisión mientras la policía les seguía a paso ligero, sin alejarse de ellos, manteniéndolos siempre cubiertos por sus armas..

Cientos de hombres allí encerrados se mantenían en el silencio del terror.

El general Sartorius fue conducido directamente a la enfermería. Su interés estaba centrado exclusivamente en el honorable Groc.

Sonó un silbato y todo el personal de la enfermería se cuadró, más temerosa que respetuosamente. Un simple gesto del general bastaba para que fueran destituidos de sus cargos, incluso arrestados.

—Descansen —ordenó el general Sartorius.

Se acercó al honorable Groc que se hallaba en la camilla, sujeto

por correas y bajo un foco de quirófano.

El coronel lanzó su mirada en torno, controlando que todo estuviera bien. Si algo fallaba, se lo haría pagar muy caro al responsable, pero todo estaba bien. Los policías tomaron posiciones en el corredor, en la puerta, dentro de la propia enfermería.

El general Sartorius se acercó al honorable Groc en cuyo rostro, pese a la gran cantidad de pelo que tenía debido a la barba, bigote y cabello largo, se podían ver las huellas de los golpes recibidos.

—¿Está bien, doctor? —preguntó el general.

—Sí, mi general. Hemos mantenido las constantes pese a su voluntad: parecía que deseaba morirse voluntariamente.

—Pero, le han obligado a vivir, ¿no? —. Y se rió.

El honorable Groc le miró fijamente. Su cuerpo estaba quebrantado por los shocks eléctricos y su cabeza parecía querer estallar. El dolor era intenso; le costaba coordinar las ideas y las alucinaciones se confundían con las realidades pese a que tenía los ojos abiertos.

—¿Quiere interrogarle, mi general? —preguntó el coronel.

—¿Cree que podrá responder? —preguntó, mirando al doctor.

—Creo que sí, mi general. Su resistencia mental, debido a los shocks eléctricos, ha mermado; no obstante, podrían inyectársele autopsicoáminas.

—¿Esa droga que anula la voluntad?

—Sí, mi general.

El coronel, tras un ligero carraspeo, puntualizó:

—Ya se le han inyectado dosis altas de autopsicoaminas para hacerle hablar.

—¿Y no habló? —preguntó el general Sartorius.

—No —denegó el coronel—, no habló. Es el poder mental más resistente con que nos hemos topado; parece que practica la autodisciplina mental como nadie. Técnicas orientales terrícolas, mi general.

—Sí, ya sé.

El médico creyó oportuno precisar:

—Ahora está muy mermado debido a los shocks eléctricos mentales a que ha sido sometido para impedir que muriera.

—Bien, bien —se inclinó sobre el honorable Groc—. ¿Nos oye, Sabe quién soy?

El honorable Groc tuvo fuerzas para sorprender a todos escupiéndole en el rostro al mismísimo general Sartorius pese a estar bien sujeto a la mesa con correas.

Todos quedaron lívidos, observando cómo el general trataba de limpiarse el salivazo encajado en pleno rostro. Una enfermera se apresuró a darle una ancha gasa que el general tomó casi con

violencia para limpiarse. Después, ante un silencio impresionante, silabeó: —Doctor, creo que nuestro amigo tiene demasiada resistencia mental aún; inyéctele esa droga.

—¿Dosis fuerte o leve, mi general?

—Fuerte.

—Corremos el riesgo de muerte, mi general.

—Si no lo obligamos a hablar de esa manera, no lo conseguiremos de ninguna otra; y si no habla para explicarnos dónde se esconden sus secuaces, mejor que se muera. Y si muere, redúzcanlo a cenizas, lo mezclan con un poco de tierra y lo meten en una maceta. Plantan un cactus y me lo envían, tendré mucho gusto en colocarlo en mi despacho, y así nunca me olvidaré del honorable Groc.

—¡Cerdo sanguinario! —espetó el honorable Groc.

El coronel le abofeteó ante la aquiescencia del general Sartorius, mientras el médico preparaba la jeringuilla con la que iba a inyectarle una fuerte dosis de droga autopsicoámina.

Una enfermera preparó el pliegue del codo del prisionero que iba a ser interrogado de aquella forma tan criminal cuando en la mente de éste la realidad y las alucinaciones se confundían aún.

El rostro del general se transformaba en la cabeza de un ser monstruoso en medio de una tormenta donde proliferaban los rayos cegadores y el fragor de los truenos. Todo bullía y se agitaba dolorosamente dentro de su cráneo donde el cerebro se debatía para no someterse a sus verdugos.

—¿Qué es ese ruido?—preguntó de pronto el general Sartorius.

Todos quedaron en suspenso, mirando en torno. El ruido se esparcía en todas direcciones. El coronel, un tanto desconcertado, dijo: —Qué raro, no había oído nunca ese ruido antes de ahora.

—Puede haberse estropeado la aireación —opinó el médico, deteniendo la aguja hipodérmica sobre la piel del honorable Groc cuando iba a clavársela en la vena para introducir en la corriente sanguínea la fuerte dosis de droga, capaz de eliminar al enemigo número uno de la Elite de los doce.

De pronto, una gran pared de la enfermería saltó hecha pedazos. Una enfermera gritó:

—¡Un movimiento sísmico!

—¿Un terremoto? —gruñó el general Sartorius, palideciendo.

Sonó la alarma, los policías de alta seguridad no sabían qué hacer.

De pronto, por entre la pared, apareció corno un gran monstruo la cabeza cómica y perforadora del supertopo hipersilencioso que se introdujo en la enfermería como un gigantesco animal surgido del interior del subsuelo marciano.

Ante la sorpresa de todos, la cabeza perforadora se abrió como un capullo de flor de duros pétalos gigantes y por el hueco que quedó en

su centro saltaron al interior de la enfermería los hombres del grupo de resistencia contra la Elite de los doce.

Iban armados y, nada más detectar la presencia de los policías de alta seguridad, comenzaron a disparar sus armas. La sorpresa era su aliada, porque la superioridad numérica estaba del lado de los policías de alta seguridad.

Al frente de los asaltantes de la enfermería que habían llegado a través de la pared perforada por la máquina abre-túneles, iba Conrad Castell que disparó sobre el coronel que trató de utilizar su arma contra él.

Dunia Medas, que también llevaba su arma como un guerrillero más en aquel asalto, disparó contra el médico que estaba hundiendo la jeringuilla en el brazo del honorable Groc.

El médico cayó fulminado por el disparo de Dunia y ésta saltó sobre el honorable Groc, arrancándole la jeringuilla del brazo para que la droga no pasara a su sangre.

El combate se hizo feroz dentro de la enfermería. Los rayos hacían estallar cuanto tocaban, incinerándolo después.

El general Sartorius levantó sus manos al verse acorralado, mientras su guardia de seguridad iba siendo eliminada en el duro combate en el que algunos de los guerrilleros también caían.

—Considérese preso —le conminó Conrad Castell apuntándole con su arma.

—¿Preso? ¿En nombre de qué o de quién?

—En nombre de la humanidad, de la justicia, de la libertad.

—¡No lo matéis! —pidió el honorable Groc que acababa de ser liberado de las correas por las manos de Dunia—. Que sea juzgado públicamente por sus crímenes.

EPILOGO

En todas las pantallas del mundo terrícola, incluidas las cosmonaves espaciales que cruzaban el cosmos y también en las colonias mineras, apareció la imagen del honorable Groc dando la noticia: —Hermanos, ha sido comprobado que la explosión de los silos de supraneutrinos no fue un accidente si no algo preparado maquiavélicamente por unos monstruos ambiciosos. Han asesinado a toda la ancianidad humana por considerarla innecesaria y costosa de mantenimiento. Sí, asesinaron á los padres, a los abuelos, a nuestros seres queridos para ahorrarse miles de millones diariamente, pero los culpables, el general Sartorius, el gobierno títere que ha cometido semejante monstruosidad y los doce de la Elite que controlaban el poder en las sombras, están prisioneros y serán juzgados públicamente por sus crímenes. La policía de alta seguridad ha sido desarticulada y las fuerzas milicianas, al conocer los crímenes habidos, han decidido no intervenir y quedan a la espera de un nuevo gobierno que elegiremos entre todos. Hemos de impedir que nunca más vuelva a engendrarse un poder en las sombras.

Conrad Castell estrechó contra sí a Dunia Medas. Ella sintió que sus ojos se humedecían de emoción.

—Siempre creí que este momento no llegaría jamás, que luchábamos por una causa perdida.

—Pues ha llegado y todo está controlado. Por cierto, no me iría mal un médico en mi cosmonave.

—¿En tu cosmonave, no vas a formar parte de las fuerzas milicianas?

—No, prefiero ser libre e indisciplinado, es mi forma de ser.

—¿Y qué haré en tu cosmonave, además de la vigilancia médica?

—¿Tú qué crees? —le preguntó, besándola en los labios mientras el androide «Gamarús» les observaba atentamente con su ojo electrónico.

—Negativo, negativo, negativo.

—Creo que tu androide se ha puesto celoso —comentó Dunia, riendo, mientras «Gamarús» se alejaba refunfuñando.

FIN